LIAHONA

Noviembre de 1974

La familia: Una bendición divina

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días existe para la perfección de los santos y la unificación y exaltación de la familia de nuestro Padre Celestial.

El Señor ha dicho que en las ordenanzas del Sacerdocio de Melquisedec "el poder de Dios se manifiesta" (D. y C. 84:20). De este modo, investido con el Santo Sacerdocio de Dios y comisionado por el Señor, el hombre ocupa su lugar a la cabeza de su familia; mediante su justa dirección puede manifestarse el poder de Dios. El varón comparte esta sagrada obligación y responsabilidad con su esposa, su compañera idónea. En asociación con nuestro Padre Celestial, ambos experimentan el gozo de la creación al paso que la llegada de los hijos bendice su hogar, agrandando así el círculo familiar.

La esposa y madre ha de ser una inspiración para sus hijos y su marido, honrando a su esposo en su divina asignación como jefe de la familia.

El presidente Hugh B. Brown ha dicho a las mujeres de la Iglesia:

"No hay mejor manera de adorar y glorificar a Dios, que ayudando a sus hijos en la difícil ascensión, lo cual requiere paciencia, tolerancia, indulgencia y otras virtudes típicamente femeninas" ("The Exalted Sphere of Woman", por Hugh B. Brown. *Relief Society Magazine,* diciembre de 1965, pág. 887).

El hombre, como esposo y padre, ha de esforzarse por ser noble y fiel en el cumplimiento de la sagrada responsabilidad de enseñar a sus hijos principios correctos, tanto por ejemplo como por precepto.

El Señor nos ha bendecido con familias a fin de que podamos mantener nuestra eterna relación con El. Ruego que reconozcamos la importancia de esta divina bendición y que hagamos todo lo que podamos para cumplir esta sagrada responsabilidad. Ruego asimismo que el Espíritu del Señor nos acompañe en nuestros hogares, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Presidente Rex D. Pinegar
del Primer Consejo de los Setenta

GM
M205.51
L695SP
v.20
#11
1974

LIAHONA

Número 11 Año 20
Noviembre de 1974

LA IGLESIA DE JESUCRISTO DE LOS SANTOS DE LOS ULTIMOS DIAS
50 East North Temple St.
Salt Lake City, Utah 84150

LA PRIMERA PRESIDENCIA
Spencer W. Kimball
N. Eldon Tanner
Marion G. Romney

CONSEJO DE LOS DOCE APOSTOLES
Ezra Taft Benson
Mark E. Petersen
Delbert L. Stapley
LeGrand Richards
Hugh B. Brown
Howard W. Hunter
Gordon B. Hinckley
Thomas S. Monson
Boyd K. Packer
Marvin J. Ashton
Bruce R. McConkie
L. Tom Perry

COMITE ASESOR
J. Thomas Fyans
John E. Carr
Doyle L. Green
Dean L. Larsen
Daniel H. Ludlow
Verl F. Scott

REVISTAS INTERNACIONALES
Larry Hiller, Editor Gerente
Carol Larsen, Ayudante

ASESOR DE LIAHONA
Lineu Z. de Paula

EDITORA RESPONSABLE
Raquel R. V. Tokarz

COMPAGINADOR
Goff Dowding

En este número:

Mensaje de inspiración
2 **"Id por todo el mundo",** presidente Spencer W. Kimball
5 **Diario mormón**
8 **Anécdotas excepcionales de la vida de nuestros apóstoles**
11 **Bartolo,** Irma L. Mackenna
12 **La función del diácono,** obispo Vaughn J. Featherstone
14 **La función del maestro,** obispo H. Burke Peterson
16 **La función del presbítero,** obispo Victor L. Brown
18 **"Sí, jovencitas, tenéis edad suficiente",** Ardeth G. Kapp
20 **Conozca su árbol genealógico,** Elizabeth L. Nichols
21 **La aventura de Lobito,** Mary Joyce Capps
24 **Dos mares salados,** Nancy M. Armstrong
26 **Y tú . . . ¿oras?**
28 **Encuentra a los perdidos**
29 **Preguntas y respuestas**
31 **Dios preordina a sus profetas y a su pueblo,** élder Bruce R. McConkie
34 **"Y dirá todo el pueblo: Amén",** élder Mark E. Petersen
38 **Justicia y misericordia,** élder James A. Cullimore
41 **El matrimonio que perdura,** élder Gordon B. Hinckley
45 **Respuesta a un llamamiento,** élder Neal A. Maxwell
46 **¡Papá . . . te quiero mucho!,** Jorge Rojas O.
47 **Familia de Ecuador que recibe las bendiciones del Templo**
48 **Vivimos en el mundo, pero no somos del mundo . . .**

Precio de la subscripción anual, por adelantado: $2.00 (dos dólares). Precio por número: U.S. $0,20, con excepción de las ediciones especiales. Solicitamos a los subscriptores se sirvan avisar cualquier cambio de domicilio con treinta días de anticipación. En este caso debe incluirse la etiqueta de la última revista recibida, en la que aparecen nombre y dirección del subscriptor. Sírvase hacer su pedido a la misión correspondiente, utilizando el servicio de giros postales para el envío de valores. Toda subscripción dentro de los Estados Unidos debe solicitarse directamente a: 50 East North Temple Street, Salt Lake City, Utah 84150.

Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, con oficinas en 50 East North Temple Street, Salt Lake City, Utah 84150.

© 1974 by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints. All rights reserved.

"Id por todo el mundo"

por el presidente Spencer W. Kimball

En una revelación que recibió el profeta José Smith, el Señor dijo: "Y si fuere que trabajareis todos vuestros días proclamando el arrepentimiento a este pueblo, y me trajereis, aun cuando fuere una sola alma, ¡cuán grande no será vuestro gozo con ella en el reino de mi Padre!" (D. y C. 18:15).

Si no hubiese conversos la Iglesia se reduciría y desaparecería. Pero tal vez la razón más poderosa de la obra misional sea brindar al mundo la oportunidad de escuchar y aceptar el evangelio. Las escrituras están repletas de mandatos y promesas, llamamientos y galardones concernientes a las enseñanzas del evangelio. He usado deliberadamente el término "mandato" pues parece ser una orden directa a la cual no podemos escapar, ni individual ni colectivamente.

Os pregunto: cuando habiendo llevado a sus Doce Apóstoles a la cima del Monte de los Olivos, el Señor les dijo: ". . . y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra", ¿qué quiso decir con ello? (Hechos 1:8). Fueron éstas sus últimas palabras antes de partir hacia su morada celestial.

¿Cuál es el significado de la expresión "hasta lo último de la tierra"? El había recorrido ya la región que conocían los apóstoles. ¿Se trataba de la gente de Judea? ¿O de la de Samaria? ¿O de los pocos millones del Cercano Oriente? ¿Hasta dónde llegaba "lo último de la tierra"? ¿Se refería a los millones que pueblan ahora los Estados Unidos? ¿Incluía acaso a los millones de habitantes de Grecia, Italia, de los alrededores del Mediterráneo, de Europa Central? ¿O a todas las personas que entonces poblaban el mundo y a todos los espíritus que vendrían a la tierra en los siglos futuros? ¿Será que no hemos concedido suficiente importancia a aquellas palabras ni a su significado? ¿Cómo podemos sentirnos satisfechos con cien mil conversos, habiendo más de cuatro mil millones de individuos que viven en el mundo y que necesitan el evangelio?

Después de la crucifixión, habiéndose reunido los once apóstoles en un monte de Galilea, vino el Salvador a ellos y les dijo: ". . .Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén" (Mateo 28:18-20).

En 1830, cuando el Señor envió a Parley P. Pratt, Oliverio Cowdery, Peter Whitmer y Ziba Peterson a los lamanitas, agregó lo siguiente: "Y yo mismo los acompañaré y estaré en medio de ellos, pues soy su abogado ante el Padre, y nada prevalecerá en contra de ellos" (D. y C. 32:3). ¿Se refería a todas las naciones existentes en ese entonces?

Y cuando dijo: ". . . he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28:20), ¿creéis que incluía a todas las naciones que habrían de organizarse hasta que ese momento llegase? Y al mandarles que fuesen a todas las naciones, ¿creéis que dudaba de que pudieran lograrlo? El nos aseguró que tenía potestad: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. . . y . . . estoy con vosotros todos los días".

Además, en el relato de Marcos de los acontecimientos posteriores a la resurrección del Salvador, encontramos que el Señor, después de reprochar a aquellos que habían dudado de su resurrección, les dijo: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura" (Marcos 16:15). Esto fue precisamente antes de la ascensión. ¿Creéis que se refería a Egipto, Palestina y Grecia? ¿O que hablaba del mundo del año 33 de nuestra era, o de 1970, 1980, 1990? ¿Qué involucraban sus palabras "todo el mundo" y qué quiso decir al mencionar a "toda criatura?

Lucas lo registra así: ". . . que se predicase . . . el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Lucas 24: 47). Se repite su último mandato. ¡Estas palabras ciertamente tienen un significado! Existía y existe una necesidad universal que debe cubrirse en forma universal.

Cuando Moisés contempló el mundo, vio que era grande. ". . . Y. . . Moisés . . . vio el mundo y sus confines, y todos los hijos de los hombres que son y

que fueron creados. . ." (Moisés 1:8). Me siento compelido a creer que en tal oportunidad el Señor conocía los límites de las habitaciones del hombre, así como las regiones que habrían de establecerse, y que ya conocía a su pueblo, el que habría de poseer esta tierra,

Hallándose Moisés impresionado ante la magnitud de las obras y la gloria de Dios, el Señor le mostró aún más.

"Moisés miró, y vio la tierra; sí, aun toda; y no hubo partícula de ella que no viese, percibiéndola por medio del Espíritu de Dios.

Y también vio sus habitantes; . . . y grandes eran sus números, aun incontables como las arenas sobre la playa del mar.

Y vio muchas tierras; y cada tierra se llamaba mundo, y había habitantes sobre la faz de ellos" (Moisés 1:27-29).

Recordad también que Enoc, el Profeta, vio los espíritus que Dios había creado (Moisés 6:36). A estos profetas se les permitió ver los numerosos espíritus y todas las creaciones. Me parece a mí que el Señor escogió sus palabras cuando dijo: "todas las naciones," "toda la tierra," "lo último de la tierra," "toda lengua," "todo pueblo," "toda alma," "todo el mundo," "muchas tierras."

¡Por supuesto que sus palabras tienen significado!

Ciertamente, sus ovejas no se limitaban a los miles que le rodeaban y con quienes estaba diariamente en contacto. Se trataba de una familia universal, un mandamiento universal.

Me pregunto si estamos haciendo todo lo que podemos. ¿Estamos satisfechos con nuestra forma de enseñar a todo el mundo? Hemos estado realizando la obra proselitista durante 144 años, ¿estamos preparados para acelerar el paso?, ¿para ampliar nuestra perspectiva?

Recordemos que Dios es nuestro aliado, nuestro jefe supremo. El hizo los planes y dio el mandato. Recordemos las palabras de Nefi que hemos citado miles de veces: "Y yo, Nefi, le respondí a mi padre: Iré y haré lo que el Señor me ha mandado, porque sé que él nunca da ningún mandamiento a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que puedan cumplir lo que les ha mandado" (1 Nefi 3:7). Al leer esa escritura pienso en las numerosas naciones a las cuales la palabra aún no ha llegado.

Sé que existen barreras y comprendo cuán difícil es, pues ya hemos realizado esfuerzos al respecto. Naturalmente que el Señor sabía lo que hacía cuando dio el mandato; y nosotros, como Nefi, bien podemos decir: "Porque todo mi deseo es poder persuadir a los hombres que vengan al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y se salven" (1 Nefi 6:4).

Cuando leo la Historia de la Iglesia me siento asombrado por la intrepidez de los primeros hermanos que salieron al mundo y se abrieron camino; bajo persecución y aflicciones abrieron puertas que parecía imposible atravesar. Recuerdo que estos valientes hombres fueron a enseñar el evangelio a territorios indígenas cerca de la sede de la Iglesia, antes de que ésta se organizara completamente. En 1837 los Doce Apóstoles ya se encontraban en Inglaterra luchando en contra de Satanás; llegaron a Tahití en 1844 y a Australia en 1851; a Islandia en 1853, a Italia y Suiza en 1850; y en el mismo año fueron a Alemania, Tonga, Turquía, México, Japón, Checoslovaquia, China, Samoa, Nueva Zelandia, Sudamérica, Francia y Hawai. Cuando consideramos el progreso que hemos logrado en algunos países, en comparación con otros donde no hemos logrado nada, el hecho nos da qué pensar. Gran parte de la obra proselitista de aquellos primeros años se llevó a cabo mientras las Autoridades de la Iglesia atravesaban las Rocallosas, camino a Utah, sembrando los campos y construyendo sus casas. Esto es fe, una inmensa fe.

Permitidme ahora hablar de la expansión que estimo necesaria y creo posible. Repito las palabras del Señor: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18).

El Señor otorgó a Thomas B. Marsh, a José, a Sidney Rigdon y a Hyrum Smith poder para "poseer las llaves" del reino y para que fuesen ellos los siervos que abrieran "la puerta del reino" (D. y C. 112:16-17).

Hasta aquellos intrépidos líderes llegó el mandato: ". . . a donde os manden, id, y yo estaré con vosotros; y sea cual fuere el lugar donde proclamareis mi nombre, se os abrirá una puerta eficaz para que reciban mi palabra" (D. y C. 112:19).

Hermanos, considero que una vez que hayamos hecho todo lo que podamos, el Señor hallará el modo de abrir las puertas. Tengo fe en ello. Tal es mi fe. Mas no existe ninguna razón por la cual el Señor deba abrir puertas si no estamos preparados para pasar por ellas.

Creo que tenemos hombres que podrían ayudar a los apóstoles a abrirlas, hombres de estado, competentes y dignos de confianza; pero . . . cuando estemos listos para ellos.

En la actualidad tenemos 17.500 misioneros. Podemos enviar más, ¡muchos más! En 1973 pasaron por la Casa de la Misión ocho mil novecientos.

Creo que fue John Taylor quien dijo que Dios nos haría responsables ante las personas que hubiésemos podido salvar, si hubiéramos cumplido con nuestro deber.

Cuando pido misioneros, no pido misioneros mediocres ni con problemas mentales; ni misioneros sin un testimonio, ni misioneros inmorales; pido que comencemos a preparar a nuestros jóvenes más tem-

prano y mejor, en todas las ramas y todos los barrios de la Iglesia en el mundo. He aquí otro cometido: que nuestros jóvenes lleguen a comprender que cumplir una misión constituye un gran privilegio, y que deben hallarse en buenas condiciones físicas, mentales y espirituales; y además, que "el Señor no puede considerar el pecado con el más mínimo grado de tolerancia" (D. y C. 1:31).

Pido misioneros que hayan sido instruidos y preparados, tanto en el seno familiar como en las organizaciones de la Iglesia, y que lleven a la misión grandes anhelos. Pido mejores y más minuciosas entrevistas, y que en ellas reinen la benevolencia y la comprensión. Pero especialmente pido que preparemos a nuestros futuros misioneros mucho mejor, con más anticipación y durante más tiempo, de manera que cada uno espere su llamamiento con gran gozo.

No quiero decir que yo haya tenido gran parte en ello, pero cuando llegué a integrar el Consejo de los Doce en 1943, había menos de un millón de miembros en la Iglesia; en la actualidad hay 3.353.000. En ese entonces teníamos 146 estacas y alrededor de 40 misiones, y ahora tenemos 633 estacas y 107 misiones. Hemos aumentado de 937.000 en 1943 a 1.116.000 en 1959, y a 3.300.000 en 1973. Esto significa aproximadamente un aumento de un 19% en los 16 años comprendidos entre 1943 y 1959 y un 196% de 1959 a 1974. Este es un crecimiento extraordinario.

Podría interesaros saber que de los 17.564 misioneros que teníamos hasta el 30 de marzo del corriente año, 9.560, o sea el 55%, enseñaban el evangelio en inglés en los Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Australia, Nueva Zelandia y las Filipinas. Cerca de 8.000 misioneros aprenden otros idiomas en centros de enseñanza especiales. De este 45% que se prepara en las tres escuelas de idiomas, un 17% o sea, 3.000, aprenden español; alrededor de 1.000 aprenden alemán, otro tanto japonés, aproximadamente 400 aprenden francés y unos 600 portugués, además de cantidades considerables que aprenden danés, finlandés, holandés, noruego, sueco, chino, italiano, coreano, tailandés, samoano, lenguas africanas y navajo.

Me ha parecido interesante lo que han señalado algunos expertos en estadística respecto a que en el año 33 D.C., cuando el Salvador mismo se refería a "toda nación, tribu, lengua y pueblo" poblaban la tierra posiblemente un cuarto de billón de habitantes (250.000.000).

Nuestros expertos han calculado que ochocientos años después, cuando por medio de José Smith se recibió el mandamiento de comenzar la obra proselitista en el mundo, había un billón de habitantes (1.000.000.000) o sea cuatro veces la cantidad que había en el tiempo de Cristo. Y ahora, al renovarse el mandato de llevar el evangelio a todo el mundo, se calcula que la tierra tiene probablemente tres billones y medio de habitantes (3.500.000.000).

Frecuentemente surge la pregunta: "¿Debe todo joven cumplir una misión?" La respuesta afirmativa la ha dado el Señor. Todo hombre joven ha de cumplir una misión. El dijo: "Enviad los élderes de mi iglesia a las naciones que se encuentran lejos; a las islas del mar; enviadlos a los países extranjeros; llamad a todas las naciones, primeramente a los gentiles y después a los judíos" (D. y C. 133:8). No estableció fronteras.

Nos damos cuenta de que si bien todos los varones deben definitivamente cumplir una misión, no todos están preparados para ir a enseñar el evangelio al extranjero. Demasiados muchachos llegan a la edad requerida sin tener absolutamente ninguna preparación para la misión, y desde luego, no deben ir. Pero todos *deben estar preparados.* Hay unos cuantos cuyas condiciones físicas no les permiten cumplir con el servicio misional; pero hay demasiados incapacitados por sus condiciones emocionales, mentales y morales, porque no han conservado su vida limpia ni en armonía con el espíritu de la obra misional. Estos deberían haberse preparado. . . Pero, como han quebrantado las leyes pueden verse excluidos, y en esto yace uno de nuestros más grandes cometidos: el de mantener dignos a nuestros muchachos. Todo hombre digno y capacitado debe tomar la cruz y cargarla al hombro. . . ¡qué ejército tendríamos entonces! Sí, han de prepararse como de costumbre, ahorrando dinero para la misión, y siempre dispuestos a servir con corazón alegre.

El Señor dice: "Y que *cada hombre* tome la justicia entre sus manos, y la fidelidad sobre sus lomos, y proclame con voz de amonestación a los habitantes de la tierra; y declare, tanto por palabra como por huida, que la desolación sobrevendrá a los inicuos". (D. y C. 63:37. Cursiva agregada.) Reparemos en que dijo *cada hombre;* mas nosotros debemos hallar la manera de que "cada hombre" se prepare.

Hace un año estuve en Japón y en Corea, donde al ver cuántos jóvenes apuestos se han unido a la Iglesia y ocupan cargos directivos en ella, me pareció contemplar en lo futuro un gran movimiento con miles de hombres de gran fortaleza, preparados y ansiosos por salir a la misión al extranjero. Después de visitar México, nuevamente me pareció ver en días futuros grandes cantidades de jóvenes latinoamericanos preparándose para el servicio misional, tanto dentro de su país como en otras naciones, hasta que el ejército de misioneros del Señor cubra la tierra tal como las aguas cubren las grandes profundidades.

En todos los países que he visitado he encontrado muchas personas inteligentes y capacitadas que ocu-

pan puestos directivos y muchos otros que gozan de los beneficios del evangelio.

Cuando hayamos aumentado el número de misioneros de las regiones organizadas de la Iglesia a cerca del potencial que éstas tienen, o sea, que todo muchacho capacitado y digno vaya en una misión; cuando todas las estacas y misiones del extranjero proporcionen misioneros suficientes para sus respectivos países, a fin de relevar el ejército de muchachos de los Estados Unidos y Canadá que sirven en ellos; cuando hayamos utilizado los servicios de nuestros hombres capaces para ayudar a los apóstoles a abrir estos nuevos campos de obra; cuando hayamos utilizado los satélites espaciales y otros descubrimientos de este tipo en todo lo que puedan servirnos, como asimismo todos los medios de comunicación, como diarios, periódicos, revistas, televisión, radio, hasta el máximo de su utilidad; cuando hayamos organizado numerosas estacas nuevas, que constituyan el punto de partida para este fin; cuando hayamos sacado de la inactividad a los numerosos jóvenes que hasta ahora no han sido ordenados en el sacerdocio, ni han servido en una misión, ni se han casado, entonces, y sólo entonces, nos acercaremos al cumplimiento de la meta fijada por nuestro Señor y Maestro de ir a todo el mundo y predicar el evangelio a toda criatura.

Sé positivamente que algún día las bendiciones del Señor han de derramarse sobre los países cuyos habitantes acepten el evangelio de Cristo; abundarán en ellos bendiciones en educación, cultura, fe y amor, como en la ciudad de Enoc, que fue trasladada; y también llegarán a vivir como los nefitas en sus doscientos años de vida pacífica. Sobrevendrá la prosperidad a todas las naciones, el gozo y la paz abundarán entre todos los que reciban el evangelio, y aquellos que lo acepten y lo magnifiquen alcanzarán la vida eterna.

Ruego que las bendiciones del Señor nos acompañen al emprender el camino del cumplimiento de nuestras grandes responsabilidades, en el nombre del Señor Jesucristo. Amén.

Parte del discurso pronunciado por el presidente Kimball en el seminario de los Representantes Regionales, el 4 de abril de 1974.

Diario Mormón

Las experiencias cotidianas de vivir el evangelio y amar al Señor están escritas en el corazón de los Santos de los Ultimos Días, y son comunes a muchas personas. Comparta con los demás miembros de la Iglesia las experiencias que hayan fortalecido su testimonio: respuestas a las oraciones, la inspiración de familiares y amigos amorosos, experiencias con el sacerdocio y las organizaciones auxiliares de la Iglesia. Envíelas a:

Liahona Magazine
50 East No. Temple
Salt Lake City, Utah, 84150
E.U.A.

¿SERA USTED NUESTRO PASTOR?

Una experiencia misional del élder Hugh B. Brown, del Consejo de los Doce:

En 1904, cuando tenía 21 años, fui llamado para servir como misionero en Inglaterra, y mi madre me acompañó a la estación del ferrocarril para despedirme. Antes de partir el tren, me dijo:

—Hugh, ¿recuerdas que cuando eras un muchachito a menudo tenías pesadillas? Te despertabas y me llamabas desde el cuarto contiguo, "mamá, mamá, ¿estás allí?" Y yo te contestaba: "Sí hijo mío, aquí estoy. Quédate tranquilo, date vuelta y duérmete." Siempre te dormías inmediatamente, y no había más problemas. Ahora vas a ir muy lejos, a casi 16.000 kilómetros. A veces querrás llamarme, pero yo no te oiré. Habrá dificultades y pesadillas durante el día, cuando tengas los ojos bien abiertos; también tendrás preocupaciones y problemas que te molestarán. Pero quiero que entiendas que aunque yo no pueda oírte, alguien te oirá. Y si llamas con la misma fe que cuando eras niño, dirás: "Padre, estás ahí?", y te prometo hijo, que El te contestará. Posiblemente no oigas su voz, ni lo veas, pero El te responderá y recibirás consuelo sabiendo que está cerca y se preocupa por ti, y, hablando en sentido figurado, "te darás vuelta y te dormirás", cualquiera sea la situación.

Cuando llegué a Lago Salado para ser apartado como misionero, presentaba un aspecto bastante desagradable; tenía las piernas arqueadas de tanto montar a caballo, estaba pecoso de tanto sol, y mi pelo era casi blanco. No creo que

haya existido misionero con aspecto menos promisorio.

Seis semanas después, al llegar a la Misión Británica, me mandaron a Norwich. Allí, el presidente del distrito me dijo:

—Elder Brown, queremos que vaya a Cambridge. El élder Downs le acompañará; pero él tiene permiso para partir hacia París al día siguiente de su llegada, y usted se quedará solo en Cambridge. Ahora bien, élder Brown, pensé que quizás le interese saber que a los últimos misioneros que estuvieron en Cambridge los arrojaron a punta de escopeta diciéndoles que al próximo de ellos que se atreviera a ir allí, le dispararían de inmediato. Elder Brown, usted es ese misionero.

Fuimos a Cambridge, y vimos letreros insultantes en todas partes de la ciudad, porque habían recibido noticias de que los mormones iban a regresar. Algunos eran cómicos, pero otros provocaban angustia.

Encontramos un lugar donde vivir y el élder Downs me ayudó a preparar algunos folletos y ponerles mi nombre y dirección. Me dijo donde debía comenzar a repartirlos, y a la mañana siguiente, después de su partida, empecé. Me dediqué a la tarea sin recibir ni una mirada amistosa, mucho menos una conversación sobre el evangelio. El noventa por ciento de las puertas a las que llamé se cerraron de golpe. Regresé al mediodía a mi cuarto un poco desanimado, pero volví a salir por la tarde y repetí la experiencia. El día siguiente era sábado, y pensé que después de tres días de trabajo, tendría que obtener, al menos, una conversación; así es que salí por la mañana, pero recibí la misma respuesta, y estaba seguro de que el Señor se había equivocado.

Oré, diciendo: "Padre, ¿estás ahí?", y El me contestó: "Aquí estoy", pero no me dijo que me diera vuelta y me durmiera. Repartí folletos hasta mediodía ese sábado y regresé a mi cuarto. Pensé que seguramente el Señor debería haber pensado en algo mejor que mandarme allí; me sentía tan desamparado, triste y solo, sabiendo que no había otro Santo de los Ultimos Días en doscientos kilómetros a la redonda.

Mientras estaba sentado cerca de la pequeña chimenea tratando de calentarme y reflexionando sobre el error del Señor al mandarme allí, alguien golpeó a la puerta y cuando la casera abrió, oí una voz masculina que preguntaba:

—¿Vive aquí el élder Brown?

Yo pensé: "Ay, ay, este es el fin".

Ella respondió:

—Sí, señor, está en la sala. Pase.

Entró con un folleto en la mano. Me miró con expresión dubitativa y dijo:

—¿Usted es el élder Brown?

Yo no pude negarlo. Me preguntó entonces:

—¿Dejó este folleto debajo de mi puerta?

Le respondí afirmativamente. El hombre volvió a hablar:

—Elder, el domingo pasado diecisiete familias dejaron la Iglesia de Inglaterra. Todas son familias grandes, y como tengo una casa con una amplia sala, fueron a reunirse allí. Todos habían sido miembros de la Iglesia de Inglaterra hasta ese día. Oramos, y nos pusimos de acuerdo en que durante la semana volveríamos a hacerlo, pidiendo a Dios que nos mandara un nuevo pastor. Cuando regresé a casa esta noche, estaba seguro de que el Señor no había oído nuestras oraciones; me sentía deprimido hasta que abrí la puerta y encontré este folleto en el piso. Después, al

"He venido a pedirle que vaya mañana a nuestra reunión, y sea nuestro pastor."

leerlo supe que el Señor nos había contestado. He venido a pedirle que vaya mañana a nuestra reunión y sea nuestro nuevo pastor.

Yo no había estado todavía ni tres días en el campo misional; no había conducido ni asistido a ninguna reunión allí. Nadie podía sentirse más inadecuado, y, sin embargo, aquel hombre me pedía que fuera el pastor de toda una congregación.

No sabía exactamente qué era un pastor, pero hice lo que cualquier élder habría hecho bajo aquellas circunstancias. Levanté la cabeza, me puse muy erguido, y respondí:

—Sí, señor, allí estaré.

Me dio las gracias y salió, y en ese instante descubrí que había perdido el apetito, así que llamé a la dueña de casa y le dije que no deseaba comer, retirándome a mi cuarto a prepararme para dormir. Allí me arrodillé, y por primera vez en mi vida hablé verdaderamente con Dios. Se me había enseñado a orar, y siempre había dicho mis oraciones, pero cuando lo hice aquella noche, hablé realmente con Dios. Le hablé de mi situación; le dije que estas gentes dejaban la Iglesia de Inglaterra para buscar la verdad, que habían venido a pedírmela, y yo no estaba preparado para dársela. Le pedí por favor que me quitara esa responsabilidad, pero El pareció no escucharme. Me incorporé y me metí en la cama, pero como estaba inquieto me levanté otra vez y continué orando toda la noche.

Por la mañana bajé, le dije a la dueña de casa que no iba a desayunar ese día, y me fui a pasear por la Universidad de Cambridge. Anduve toda la mañana observando a los jóvenes felices y envidiándolos como antes solía envidiar a las vacas que cuidaba en el cerro cuando las veía acostadas y rumiando en perfecta paz. Mi alma estaba abrumada y la felicidad de los estudiantes la agravó. Volví a la casa a mediodía, le dije a la dueña que no quería almorzar, y salí a caminar otra vez. Anduve toda la tarde. Recuerdo haber visto una pequeña nube en el cielo y orado al Señor para que la hiciera crecer hasta convertirse en una tormenta tan grande que nadie pudiera asistir a la reunión. Pero no recibí contestación.

Aquella tarde me senté cerca del fuego meditando, pidiendo ayuda. Por fin, cuando faltaban quince minutos para las siete, me levanté y me puse el abrigo y unos guantes de cuero, los primeros que había usado; después agarré un bastón que me habían aconsejado comprar, aunque nunca había llevado uno.

Me puse el sombrero y me dirigí a la casa. El hombre que había conocido la noche anterior me vió y salió a recibirme, saludándome con mucha cortesía.

—Pase usted, reverendo.

Aquel título me dió mucho miedo. Entré en un salón lleno de gente, y todos se levantaron respetuosos ante su nuevo ministro. Eso me asustó mucho también. Y hasta entonces no había pensado en lo que realmente iba a hacer.

No me había dado cuenta de que tendría que pronunciar todos los discursos, decir todas las oraciones, y como ocurrió, cantar todos los cantos. Les invité a cantar "Oh Mi Padre", y todos me miraron como sin comprenderme, por lo que deduje que nunca habían oído ese himno. Con todo, lo canté en un desastroso solo. Luego, observando a mi congregación mientras sentía que las rodillas me temblaban, les dije:

—¿Serían tan amables de darse vuelta y arrodillarse mientras oramos?

Pensé que esa era la única manera de que no me miraran.

Ellos se arrodillaron, y yo oré. Y por segunda vez en mi vida, hablé con Dios; le dije que esas gentes se habían reunido para oír la verdad, y recuerdo haber dicho:

—Oh, Señor, ¡enséñales la verdad esta noche! Permíteme ser tu instrumento. Pero, Señor, dirígeme tú.

Tan pronto como empecé a orar, todo el temor y la inquietud me abandonaron, y no me preocupé más por lo que pasaría.

Cuando nos incorporamos, la mayoría de la gente tenía lágrimas en los ojos. Omití el segundo himno, y comencé a hablar; hablé por cuarenta y cinco minutos, pero fue Dios quien pronunció a través de mí el sermón. Nunca había oído esa gente un sermón semejante, ni yo tampoco. Cuando terminó la reunión, todos me rodearon tomándome las manos y besándomelas.

Al principio mencioné que había ido casi arrastrándome a aquella casa para asistir a la reunión. Ahora puedo decir que creo que solamente toqué el suelo una vez cuando regresé a casa, por lo emocionado que estaba al ver que Dios había escuchado mis oraciones.

Al cabo de tres meses cada una de las personas que había estado en aquella reunión se había hecho miembro de la Iglesia. Todos emigraron a Idaho, Utah y a otros lugares de los Estados Unidos; enviaron a sus hijos y nietos al campo misional, y como resultado de esa reunión, uno de los más ancianos me dijo hace poco tiempo en Lago Salado que él sabía que más de 10.000 personas se habían convertido por causa de aquella primera reunión, a través de los misioneros que habían llevado el mensaje a otros.

¿Sé yo que Dios vive? Sé eso mejor que cualquier otra cosa en la vida. Sé que El es mi amigo, que está allí y que me oye cuando lo llamo, y gracias a ese conocimiento, no tengo miedo.

Anécdotas excepcionales de la vida de nuestros apóstoles

MELVIN J. BALLARD

Reseña biográfica

El élder Ballard nació el 9 de febrero de 1873, en Logan, Utah, Estados Unidos. Fueron sus padres Henry Ballard y Margaret McNeil.

El padre del élder Ballard sirvió como obispo del Segundo Barrio de Logan durante más de treinta y nueve años.

En 1896 el élder Ballard fue llamado para participar en un experimento misional realizado por la Iglesia y encabezado por B. H. Roberts, quien había recibido el llamamiento para predicar en las ciudades más importantes de los Estados Unidos, y se designó al élder Ballard, poseedor de una hermosa voz de barítono, junto con George D. Pyper, un tenor excelente, y Edward P. Midgley como organista, para acompañarle en sus viajes y proveer la música.

El élder Ballard recibió su llamamiento como Presidente de la Misión de los Estados Noroccidentales en Estados Unidos, cuya cabecera estaba en Portland, Oregon, y asumió este nuevo cargo el 1° de mayo de 1909.

Sirvió en dicho puesto durante diez años, hasta que fue llamado como Apóstol el 7 de enero de 1919, siendo ordenado por el presidente Heber J. Grant. Al recibir este llamamiento, tenía cuarenta y cinco años de edad.

En 1925, el élder Ballard fue llamado a una misión en Sudamérica.

Falleció el 30 de julio de 1939.

"Dame hijos, o si no, me muero"

Melvin Joseph Ballard fue un hijo de la promesa. La madre lo llevó en su seno durante un período de pobreza, depresión, escasez y pesar. Había dado a luz seis hijos, de los cuales dos gemelos, un varón y una niña, habían muerto en el término de diez días antes de cumplir el año. El dolor y la enfermedad la debilitaron físicamente, y en los años subsiguientes perdió varios niños nacidos en forma prematura. A pesar de estar esperando otro niño, tenía el corazón dolorido, los brazos vacíos y se enfrentaba nuevamente a la posibilidad de perderlo. Durante mucho tiempo tuvo esta valiente madre que guardar cama, pero como Raquel la de los tiempos bíblicos, anhelaba desesperadamente un niño y clamaba al Señor: "Dame hijos, o si no, me muero."

Un día que se encontraba sola en la casa, se arrastró débilmente hasta la puerta, le echó el cerrojo para que nadie pudiera interrumpirla, y cayó de rodillas volcando su alma a Dios en una oración. En ella, le recordó al Señor cuán grande era su deseo de tener un hijo y le suplicó que la ayudara. Le dijo que sabía que había hecho todo lo que estaba en su poder y le pidió que le manifestara su voluntad respecto a ella.

Dios escuchó su oración, y ella sintió su poder reconfortante; no vio a nadie, pero oyó claramente una voz que le decía: "Alégrate, tu vida es justa y tendrás un hijo que llegará a ser Apóstol del Señor Jesucristo."

A su debido tiempo, el niño nació; un varón en el cual padres y hermanos por igual reconocieron a un espíritu escogido.

"Escondido tras las faldas de su madre"

Los amigos de Melvin frecuentemente se divertían haciendo caminatas, pasando el día en los bosques o bailando; a él también le gustaban estos entretenimientos y no se quedaba atrás en lo que a diversión concernía. Pero su madre se afligía mucho cuando esas salidas se planeaban para un domingo. Aunque nunca le

prohibía que fuera, siempre le decía: "Melvin, haz lo que quieras, tú sabes tan bien como yo lo que está bien y lo que está mal. Pero quiero que sepas que si vas, nos digustarás tanto al Señor como a mí." El siempre atendía los consejos de su madre y muchas veces sus amigos lo ridiculizaban por rechazar ese tipo de invitaciones, diciendo: "Está escondido tras las faldas de su madre". Durante su vida de adulto el élder Ballard muchas veces dijo: "Gracias al Señor que las faldas de mi madre eran lo suficientemente amplias como para protegerme del mal."

"Con los brazos cargados de libros"

Los indios más viejos acostumbraban relatar la forma en que conocieron al élder Ballard. Un día que éste atravesaba en tren el estado de Montana, notó un gran campamento de indios cerca de un pequeño pueblo que comenzaba a colonizarse. El élder Ballard se interesó en ellos inmediatamente, y sintiendo un urgente deseo de visitarlos, se apeó con la intención de pasar el día en el campamento y seguir viaje al día siguiente. Alquiló un coche con un caballo, consiguió un intérprete, y se dirigió hacia allá.

Al llegar, se bajó del vehículo y comenzó a caminar entre los indios; mientras lo hacía notó que parecían muy emocionados y le hablaban animadamente, como si le preguntaran por algo especial. El intérprete le explicó lo que decían: muchos de ellos habían visto, en sueños, llegar a un hombre blanco con los brazos cargados de libros, cuyo contenido era de gran valor para los indios. Apenas lo habían visto, habían reconocido en él al hombre de sus sueños, y le reclamaban los libros que suponían él debía tener.

Muy impresionado con la experiencia, el élder Ballard les contó la historia del Libro de Mormón, y les prometió que volvería con los libros para enseñarles mucho más.

Al volver al poblado, un tiempo después, se sintió impulsado a comprar un terreno donde más adelante se edificó una escuela para niñas y una capilla; los lamanitas recibieron su Libro de Mormón, y se les enseñó el evangelio junto con los conocimientos escolares. Se efectuaron grandes manifestaciones espirituales en aquel lugar, y hubo muchas curaciones y otros dones entre los indios.

Un relato que se ha hecho conocido es sobre un indio llamado "Mira". Este era un muchacho cuando el élder Ballard llegó, y había sido ciego de nacimiento. Cuando supo que había un "Mormón que ora" (así llamaban los indios a los misioneros) en la reservación, rogó que lo llevaran hasta él. El élder Ballard lo bendijo, y mediante el poder del sacerdocio y la fe pura y sencilla de un niño, el milagro se realizó y obtuvo la vista. A raíz de esto, le pusieron en forma apropiada, el nombre de "Mira".

"La mayor cosecha de trigo"

Durante una conferencia de estaca en la provincia de Alberta, Canadá, el élder Ballard había hablado en forma inspirada en su calidad de Autoridad visitante. No obstante, entre la gente parecía prevalecer un deseo no manifestado de recibir una bendición especial de sus labios. El lo percibió y sintió la necesidad de pronunciar las siguientes palabras:

"Os aconsejo, hermanos, que sembréis trigo en cada metro cuadrado de tierra que tengáis, y os prometo que tendréis suficiente lluvia y levantaréis la mayor cosecha de trigo de que se tenga memoria en la historia de este país." Esta profecía fue declarada en una época que los granjeros de la zona ya consideraban tardía para la siembra del trigo, pero los hermanos tomaron la palabra al élder Ballard y plantaron cada pedacito de tierra que poseían.

Mas la prometida lluvia no llegaba y parecía que el grano se iba a secar antes de germinar. Algunos comenzaron a desesperarse y a quejarse afirmando que el élder Ballard se había equivocado, y que había hablado impulsivamente y no bajo la inspiración del Señor.

Sin embargo, las lluvias comenzaron, y cayeron aún en mayor abundancia que de costumbre.

El grano germinó y las plantas crecieron hasta alcanzar alturas nunca vistas; las heladas tempranas a las que tanto se temía, no dañaron el trigo y unos meses más tarde, un periódico publicaba la noticia que los Santos de los Ultimos Días tenían para recoger la cosecha más grande que se había visto hasta entonces en aquella región.

"Me tomó en sus brazos y me besó"

Os doy mi testimonio de que yo sé que el Señor vive. Sé que El ha hecho este sacrificio y esta expiación.

Recuerdo una experiencia que tuve hace dos años y que da testimonio a mi alma de la realidad de su muerte, de su crucifixión y de su resurrección, algo que no he de olvidar jamás. Os lo doy a conocer esta noche a vosotros, jóvenes y señoritas, no con el espíritu de gloriarme en ello, sino con un corazón agradecido y con acción de gracias en mi alma. Yo sé que vive, que mediante El los hombres deben encontrar su salvación, y que no podemos ignorar esta bendita ofrenda que nos ha dado como medio de progreso espiritual para prepararnos a volver a su presencia y justificarnos ante El.

Lejos, en la reservación india Fort Peck, donde realizaba yo la obra misional entre los indios con algunos de nuestros hermanos, recurriendo diligentemente al Señor en busca de luz por asuntos pertinentes a nuestro trabajo allí, y recibiendo de El el testimonio de que estábamos haciendo las cosas de acuerdo con su voluntad, soñé una noche que me hallaba en ese sagrado edificio que es el templo. En ese sueño, después de un rato de oración y regocijo, se me dijo que iba a tener el privilegio de entrar en una de aquellas habitaciones para conocer a un glorioso Personaje, y, al atravesar el umbral de la puerta ví, sentado en una plataforma elevada, al Ser más glorioso que mis ojos hayan contemplado o que hubiese podido concebir que existiera en todos los mundos eternos. Cuando me acercaba para ser presentado, El se puso de pie, caminó hacia mí con los brazos extendidos, y sonrió al pronunciar dulcemente mi nombre. Si yo viviese hasta tener un millón de años, no olvidaría jamás aquella sonrisa. Me tomó en sus brazos y me besó, me apretó contra su pecho y me bendijo, ¡hasta que me pareció que se me derretía la médula de los huesos! Cuando hubo terminado, me arrodillé a sus pies, y cuando los bañaba con mis lágrimas y besos, ví las marcas de los clavos en los pies del Redentor del mundo. El sentimiento que experimenté en la presencia de Aquel que tiene todas las cosas en sus manos, el tener su amor, su afecto y su bendición fue tal, que si alguna vez pudiese yo recibir aquello de lo cual gocé por unos instantes, daría todo lo que soy y todo lo que he anhelado ser por sentir lo que entonces sentí.

"Un profundo dolor"

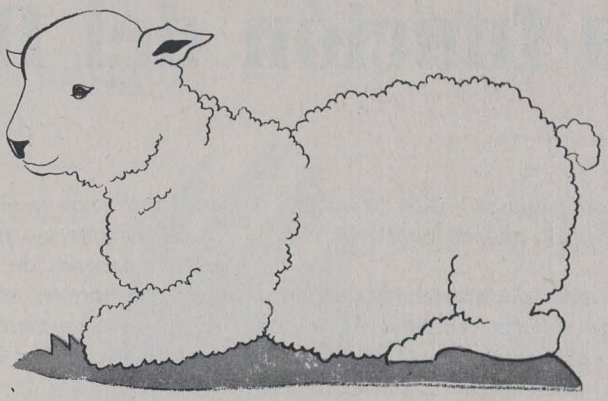
Un relato de Lucille Ballard de Madsen, hija del apóstol Ballard:

"Recuerdo un profundo dolor que sufrió mi padre, cuando todavía no llevaba muchos años de casado. Mi hermano Kenneth, un hermoso niño que apenas había cumplido los cinco años, cayó gravemente enfermo. Durante casi un año estuvo confinado en su lecho, y en todo ese tiempo mi padre pasaba horas cantándole y relatándole cuentos para entretenerlo; lo hacía por la mañana, antes de irse al trabajo; a mediodía cuando iba a almorzar, y de noche cuando regresaba. Sólo quienes hayan pasado por una experiencia similar, pueden comprender el estrecho lazo que une a padre e hijo en esas condiciones. Kenneth parecía mejorar progresivamente, y al llegar la primavera teníamos la esperanza de que para el verano ya estuviera totalmente curado. Pero un visitante le contagió el sarampión, y su cuerpo debilitado no pudo resistirlo. Murió, dejando a toda la familia, y especialmente a mi padre, presa del pesar.

Varias semanas después del entierro me acerqué a mi padre sin que éste lo notara, y lo oí sollozar como si se le partiera el corazón. Solamente aquellos que hayan visto llorar a un hombre fuerte, podrán comprender cuánto me impresionó la escena, hasta el punto de no poder olvidarla jamás."

Bartolo

por Irma L. Mackenna
Rama de Quilpué
Chile



Bartolo era un solo colchón de lana blanca y apretada. Resaltaban, por su color pardo oscuro, el húmedo hociquillo y las pezuñitas de barro cocido; dos orejitas de cartulina blanca con matices rosados, siempre atentas y vibrantes; y dos ojillos mansos, tiernos, suplicantes. . . ¡Con ellos conseguía, el muy pícaro, cuanto quería!

Bartolo correteaba por la quinta y parecía un niño más entre el enjambre de niños, todos nietos de mi abuela, que en el verano íbamos a gozar del campo y del cariño de esta noble dama española.

Su juego preferido era darnos "el susto". Bartolo caminaba despacito, como haciéndose el desentendido, y se ocultaba tras algún matorral de zarzamoras o de fragante hierbabuena esperando, pacientemente, a que alguno de nosotros pasara por allí. Entonces salía de un salto, y estoy segura de que a su modo, se reía de los gritos y exclamaciones que provocaba. Nosotros estábamos obligados a gritar y a simular un gran susto aunque ya conocíamos el juego.

Se paseaba por la casa, entraba a los dormitorios; tan pronto estaba en el corredor como iba a la cocina, o a las bodegas. Bartolo era como un muchachito curioso que quiere verlo todo y todo lo quiere saber. Pero su lugar preferido era el jardín junto al patio de los naranjos. Allí se echaba y dormía largas siestas, apoyando el hociquillo en la tierra húmeda bajo la fragancia de la madreselva.

¡Quién sabe qué sueños ancestrales despertaba el aroma de las flores en su mente de corderito solitario!

Un peón de nuestra hacienda lo trajo en la primavera. Lo encontró en el monte balando tristemente junto a su madre muerta. Calculamos que tendría un mes o quizás menos. Todos nos peleábamos por darle el biberón. Fue nuestro mejor juguete, y nunca faltaba un par de brazos infantiles deseosos de acunarlo.

Discurrimos mil palabras buscando un nombre apropiado, pero siempre terminábamos (los nueve primos) discutiendo acaloradamente. Fue "On Nica", el viejo boyero, que sentado junto al fogón y mirando a una niña que acunaba al corderito, dijo:

—¡Ese sí qu'esbartolo!* ¡No trabaja ná y lo cargan en brazos!

Todos nos reímos y de allí en adelante siempre le llamamos Bartolo.

Pasó un invierno y junto con el verano volvimos al campo. Bartolo creció y llegó a ser un hermoso animal. Aún me parece verlo siguiendo a mi abuelita con la fidelidad de un perro. Sentía adoración por la noble dama y parece que comprendía que ella era "la patrona". A su lado se conducía respetuosamente, en cambio con nosotros no tenía ningún miramiento: a menudo nos daba topetazos tan fuertes que si nos pillaba desprevenidos nos tiraba al suelo, lo cual provocaba coros de carcajadas en todos los espectadores.

Poco a poco fueron cundiendo las quejas. Que el chico de la huerta se quejaba de que le comía las lechugas; que había volcado el canasto de manzanas; que había tirado los orejones de membrillo puestos a secar; que había ensuciado el agua de los patos; que había pisado las guías del sandial; que correteaba a los pollos; que ya no se podía tener jardín.

Mi abuela, con ese sentido práctico que la hizo prosperar en su hacienda, dictó sentencia.

Una mañana, días antes de la vendimia, lo ví allí colgando de una viga del parral, víctima del cuchillo justiciero.

Los mozos de la hacienda lo faenaron con manos diestras, mientras nueve niños llorábamos y jurábamos que mi abuela era la persona más mala que existía.

Pero, ¡oh inconstancia infantil! El día de la vendimia, en medio de la fiesta, ni siquiera recordamos que era de nuestro querido Bartolo, la sabrosa carne asada que saboreábamos. . .

*Sinónimo de flojo

La función del DIÁCONO

por el obispo
Vaughn J. Featherstone
Segundo Consejero en
el Obispado Presidente

Hace algunos años escuché una historia que no habría de olvidar:

Un joven que escalaba los riscos de una elevada montaña, se encontró de pronto con un nido de águila, que contenía algunos huevos. Tomó uno cuidadosamente y lo llevó a su casa, donde lo puso con otros huevos que una vieja gallina estaba empollando. A su debido tiempo los pollitos salieron, y junto con ellos salió el aguilucho. Durante los meses siguientes creció junto con los pollos; rascaba el suelo del gallinero en busca de comida igual que los pollos, y aunque creció hasta su tamaño normal, nunca había volado. Mientras tanto, el joven observaba el proceso con gran interés, deseando ver volar al aguilucho. Un día lo subió al techo de su casa y le dijo: "Tu eres un águila; vuela", pero el águila solamente voló hasta el gallinero y comenzó a escarbar como si fuera un pollo. Unos días después, mucho antes del amanecer, el joven la llevó hasta un alto acantilado entre los riscos de una montaña y cuando los primeros rayos del sol alcanzaron la cima le dijo: "Tú eres un águila; vuela". El águila comenzó a extender las alas; sus ojos percibieron un destello de sol y un extraño estremecimiento le recorrió las alas de extremo a extremo; el aire puro y fresco y el aroma de los pinos le produjeron un regocijo desconocido. Sus alas se abrieron en toda su extensión, una sensación de poder le invadió todo el cuerpo, y comenzó a levantar vuelo desde el brazo del joven, despegando y elevándose por encima de los altos picos. Volaba cada vez más alto y más lejos en el cielo infinito. En un instante vio más de lo que sus compañeros de gallinero hubieran podido ver en toda su vida y desde ese momento no se conformó con escarbar la tierra.

Una vez que un diácono haya sentido el poder y el regocijo de magnificar verdaderamente su sacerdocio y se eleve hacia los ilimitados campos del servicio, tampoco puede conformarse con estar a nivel del suelo, con ser mediocre. Desde ese momento, desea representar a Dios sobre la tierra y ser uno de sus siervos santos y selectos.

Un diácono será ordenado, "de acuerdo con los dones y llamamientos de Dios para con él; y debe ser ordenado por el poder del Espíritu Santo que esté en aquel que lo ordene" (D. y C. 20:60). "A ninguna persona se deberá conferir oficio alguno en esta iglesia, donde exista una rama de la misma debidamente organizada, sin el voto de dicha rama" (D. y C. 20:65).

Los deberes de un diácono incluyen repartir la Santa Cena, visitar las casas de los miembros para recoger las ofrendas de ayuno, servir como mensajero del obispo y sus consejeros, y ser maestro orientador menor cuando no haya suficientes maestros y presbíteros; casi todos los diáconos conocen estas responsabilidades.

Tienen además, otras un poco más sutiles pero no menos importantes.

Normas de vestir: Se espera que cada diácono tenga un aspecto apropiado cuando desempeña sus deberes. Al repartir la Santa Cena, debe ir vestido con camisa y corbata; ningún joven debe violar deliberadamente su oficio en el sacerdocio ocasionando la distracción de los miembros con su atuendo, ni su cabello debe ser tan largo que le dé un aspecto femenino o llame la atención.

Cuando actúa como mensajero del obispo, debe presentarse pulcro y limpio, y actuar de tal forma que el obispo pueda enorgullecerse de él. En algunos casos, el único contacto que tienen los miembros inactivos con la Iglesia, es la visita mensual del diácono que va a recoger las ofrendas de ayuno. Esta breve visita puede causar una profunda influencia en ellos; los diáconos deben ser pulcros y limpios y tener una conducta digna, mostrándose amistosos y amables. Una sonrisa sincera y un firme apretón de manos pueden provocar serias reflexiones en los miembros inactivos. Una asignación de orientación familiar debe ser llevada a cabo en la misma manera. El diácono siempre debe estar preparado para expresar su testimonio a una familia si su compañero mayor lo invita a hacerlo.

Conducta: Un diácono debe conducirse adecuadamente en todas las cosas; y esa conducta debe observarse más rigurosamente durante la Santa Cena. Todos hemos visto diáconos inmaduros que juegan, gesticulan, se ríen, se empujan, y en general se conducen en forma muy irrespetuosa hacia esta santa ordenanza. Dicho joven debe aprender que está violando el sagrado cometido que el Señor le ha dado para que ayude a llevarla a cabo. Un diácono debe conducirse de acuerdo con una norma invariable; debe abstenerse

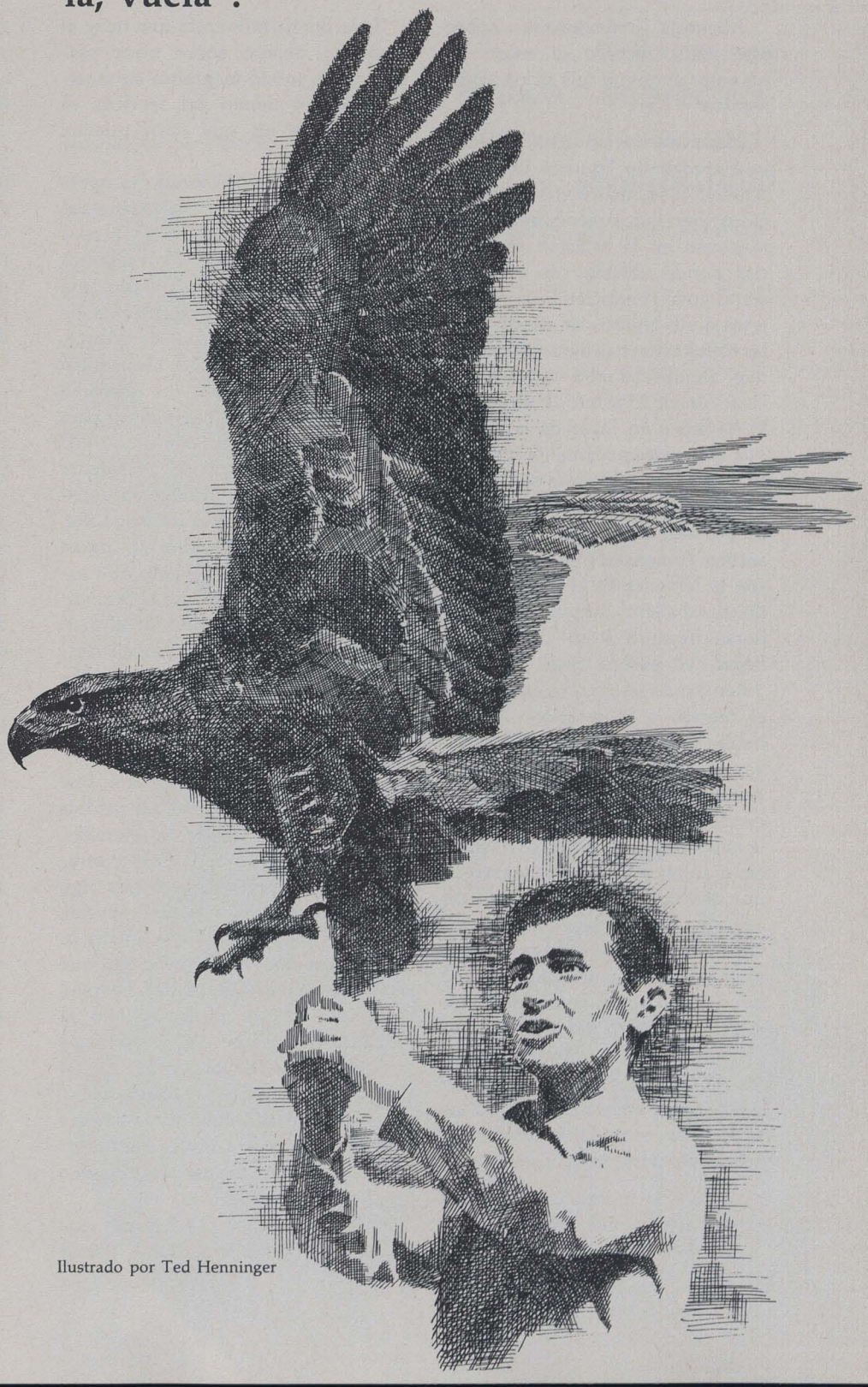
de hacer cuentos obscenos, leer material pornográfico, usar lenguaje profano o ser grosero. Se requiere madurez para vivir estas normas, y aquellos que lo hagan encontrarán el éxito en el mundo y grandes oportunidades de servicio en el reino de Dios.

Dignidad: Todas nuestras asignaciones del sacerdocio deben ser determinadas por nuestra dignidad. Un diácono debe ser honesto en todos los aspectos, debe ser veraz en su conducta y expresión, no mintiendo ni haciendo trampas en su hogar, la escuela o las diversiones; debe ser moralmente limpio y puro de pensamiento; nunca debe violar la Palabra de Sabiduría o usar drogas. Constantemente debe tratar de probarse a sí mismo que es digno. Al hacerlo, logrará el éxito, progresará y se desarrollará. Una de las principales metas que podemos tener es ser puros de corazón, y sólo la alcanzaremos luchando con fidelidad por vivir dignamente.

Servicio: Hace muchos años asistí a una conferencia con el presidente Marion G. Romney. Durante el intermedio entre las sesiones de la conferencia, salimos a dar un corto paseo y una de las cosas que me dijo fue: "Hermano Featherstone, ¿cree usted que los hermanos del sacerdocio podrán comprender que han nacido para servir a sus semejantes?" En una sola frase él me aclaró un concepto que ha sido un gran factor motivante en mi vida, que ahora comparto con vosotros.

Ruego fervientemente que cada diácono alcance a comprender que ha nacido para servir a sus semejantes.

"Tú eres un águila, vuela".



Ilustrado por Ted Henninger

La función del MAESTRO

por el obispo
H. Burke Peterson
Primer Consejero en
el Obispado Presidente

Mientras reflexionaba sobre este tema, recordé el relato de un autor anónimo que oí recientemente.

Hace muchos años en la nebulosa ciudad de Londres un joven sostenía a su madre viuda y a sus cinco hermanos con un trabajo nocturno en la estación ferroviaria, donde ofrecía sus servicios como guía, conduciendo a los viajeros a sus puntos de destino por las calles estrechas llenas de niebla, que alumbraba con su lámpara. Una vez un forastero le pidió que lo llevara a un lugar de la ciudad que era extremadamente nebuloso, con calles empedradas, peligrosas por lo resbaladizas. El joven aceptó aun arriesgando su vida, y ambos comenzaron a caminar, él con la lámpara en la mano guiando al caballero; después de varias horas llegaron a su destino. Al llegar, el viajero pagó al joven quien dando las gracias, emprendió el regreso a la estación. Apenas había llegado, cuando lo rodearon varias personas que aparecieron de entre la niebla, ofreciéndole una cantidad de dinero igual a la que le había dado el caballero. Al principio el joven lo rehusó, seguro de que no lo merecía. Pero uno de los extraños le explicó: "Todos estábamos perdidos en esta niebla y no teníamos siquiera una idea de donde estábamos. Entonces distinguimos la luz de su lámpara y la seguimos a la distancia; ahora queremos pagarle por habernos guiado a la seguridad. Si no lo hubiéramos seguido, todavía estaríamos perdidos en la obscuridad."

Al ayudar a aquellos que están perdidos a encontrar su camino, el maestro tal vez no sea consciente de la buena influencia que tiene al mismo tiempo sobre otras personas. Cuando magnifica su sacerdocio por medio del servicio, es como una luz que otros pueden seguir.

Los que hemos tenido la oportunidad de visitar la Manzana del Templo en Salt Lake City, hemos visto varias cosas interesantes en el muro oeste del Templo; una de ellas es una representación de la constelación de la Osa Mayor. El presidente Harold B. Lee explicó su simbolismo en un discurso pronunciado en un seminario para presidentes de misión en 1961. Como introducción, el presidente Lee explicó que durante la construcción del Templo de Salt Lake, Brigham Young pidió al arquitecto, Truman O. Angell, que escribiera un artículo para el periódico de la Iglesia, el *Millenial Star*. En éste, el hermano Angell describe el simbolismo de algunas partes exteriores del templo. El presidente Lee lo explicó más ampliamente, diciendo:

"Están las piedras del sol, que representan lo celestial, las piedras de la luna, y las de las estrellas. Algunos habéis visto éstas y otras cosas que hay allí; pero hay algo que tiene un significado especial, en el cual os ruego que meditéis. El hermano Angell menciona que en el extremo oeste del Templo, donde está la torre esculpió la constelación que los astrónomos llaman Osa Mayor, en la cual las estrellas menores señalan a la estrella polar; esto simboliza y sugiere a la mente que a través del Sacerdocio de Dios, los perdidos pueden encontrar su camino."

Los maestros, como parte vital de esta fuerza sacerdotal, deben guiar, dirigir, instruir e iluminar a los demás. Mientras lo hagan, ayudarán a los perdidos a encontrar su camino.

Los maestros ordenados en el Sacerdocio Aarónico reciben asignaciones para la orientación familiar, la preparación de la Santa Cena, como acomodadores en las reuniones y para ejecutar todos los deberes del diácono cuando así se les requiera. Cuando cumplen diligentemente estos deberes, están cumpliendo con el sagrado cargo que el Señor les ha dado de "velar siempre por los de la Iglesia, y estar con ellos, y fortalecerlos" (D. y C. 20:53).

Todos los deberes del maestro son importantes. En la conferencia general de octubre de 1970, el obispo Victor L. Brown dijo: "El Sacerdocio Aarónico no es una actividad inútil diseñada para mantener ocupados y controlados a los jóvenes. Es un segmento del gobierno del reino de Dios sobre la tierra. Los que lo han recibido tienen poder para ejecutar los deberes que ayudarán al Señor a llevar a cabo su obra y su gloria. . ." (Conference Report, octubre de 1970, pág. 125).

Cuando trabaja en la orientación familiar, tiene la oportunidad de bendecir la vida de otras personas y ayudarlos a alcanzar la vida eterna. Un conocido mío me relató una experiencia que ayudará a ilustrar este punto:

"Recientemente, un hombre y su hijo, que es maestro, recibieron la asignación de visitarnos como maestros orientadores. Conocíamos la dedicación del padre al evangelio, pero no sabíamos qué esperar del hijo, aunque la apa-

riencia y conducta del joven parecían reflejar la misma dedicación. Durante su primera visita me dediqué a observarlo; aunque no habló mucho, con todo lo que hizo o dijo magnificaba su sacerdocio. Pronto supieron que nuestro hijito había muerto hacía un año y que estábamos esperando otro. Desde ese momento desempeñaron un papel especial en nuestra vida orando por nosotros y dándonos ánimo. Al terminar esa primera visita le pedí al joven que ofreciera la oración, y al hacerlo pidió al Señor que nos ayudara a sobrellevar la pérdida de nuestro hijo y bendijera al niño que iba a nacer; también pidió que mi esposa no tuviera dificultad en el parto. Nosotros estábamos ambos sobrecogidos por la sinceridad y sensibilidad de este joven maestro. Durante los días y las semanas siguientes, estos hermanos nos visitaron regularmente más de una vez al mes; después de nacer el niño, nos llevaron un regalo. Mientras todos nos arrodillamos en oración, el maestro expresó su gratitud al Señor por el nacimiento afortunado del niño."

Este es un ejemplo de un joven que entiende la importancia de la asignación que el Señor le dio. Pero la orientación familiar es solamente una de las maneras en que podemos usar el sacerdocio para bendecir la vida de los demás.

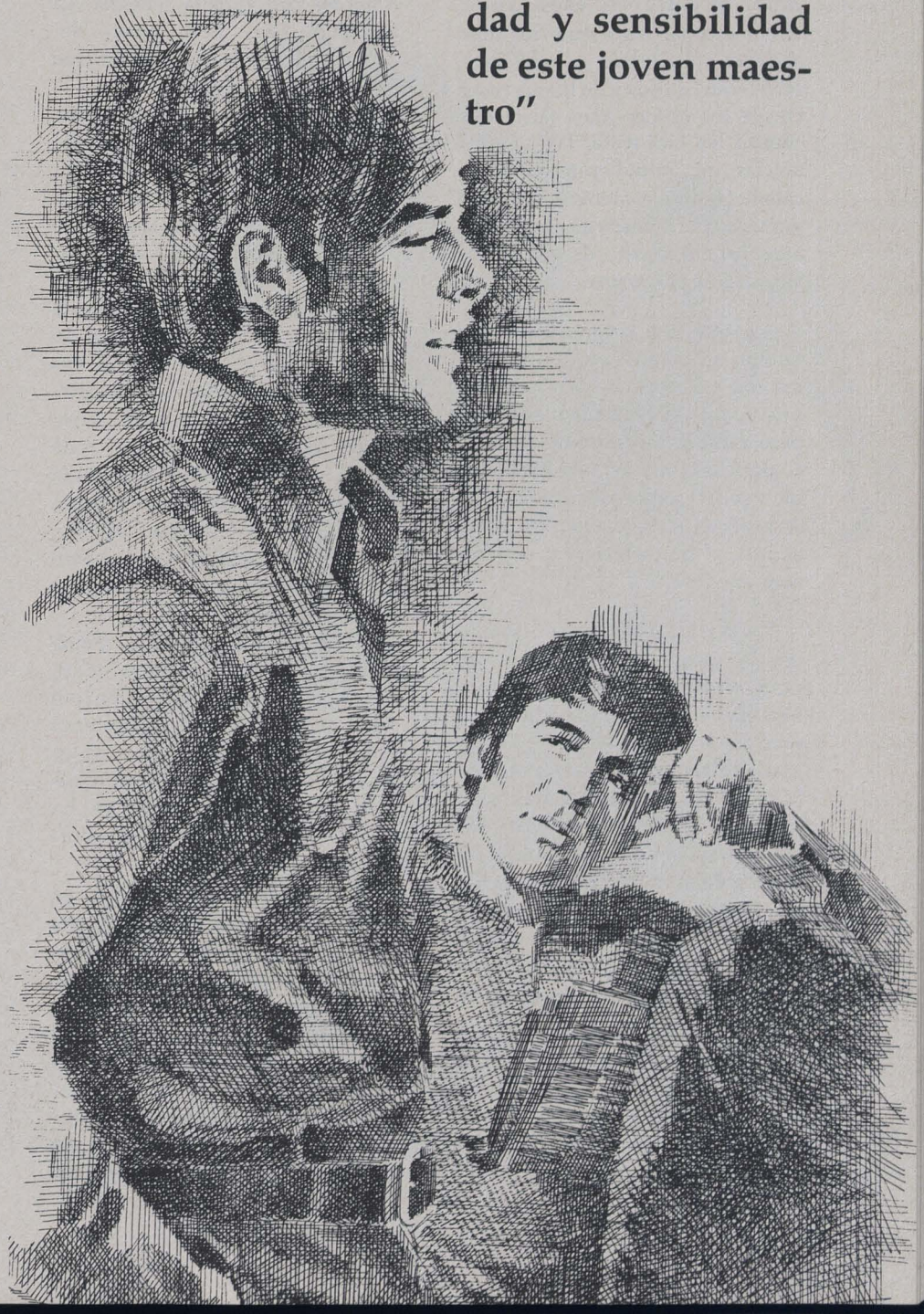
Un maestro tiene una función especial en la Iglesia. Su oficio es una dependencia del Sacerdocio Aarónico (D. y C. 84:30) y así como el oficio es necesario, también lo es la persona que lo recibe. El maestro debe entender que, tal como él necesita a la Iglesia, la Iglesia lo necesita a él.

Un maestro debe comprender su función en la Iglesia. Algunos tienen la tendencia a adoptar una actitud informal hacia la ejecución de sus deberes sacerdotales. Una de las razones para que esto suceda es la falta de entendimiento de la asignación que han recibido. Podemos entender mejor nuestra función cuando participamos en la ejecución de nuestros deberes específicos.

Pido sinceramente que el Señor derrame sus bendiciones sobre cada maestro, para que pueda entender su función y cumplirla en una manera tal, que le brinde honor y gloria para sí, y para su Padre Celestial.

". . . estábamos ambos sobrecogidos por la sinceridad y sensibilidad de este joven maestro"

Ilustrado por Ted Henninger



La función del PRESBITERO

por Victor L. Brown,
Obispo Presidente

Desde mi infancia, transcurrida en el oeste de Canadá, he sentido mucho cariño por los caballos. Hasta que cumplí los quince años, mi padre siempre procuró que mis hermanos y yo los tuviéramos, y durante esos años, varios compartieron nuestros días; algunos eran lentos e indolentes, otros eran briosos y de buena casta. Desde los quince años hasta que cumplí los cincuenta, las circunstancias me impidieron tener un caballo, aunque siempre me han gustado. Pero desde hace algunos años he sido dueño de una briosa yegua de pura sangre.

Aunque mis responsabilidades limitan el tiempo que pueda gozar con los caballos, ellos han sido una fuente de felicidad para mí; pero más que eso, me han expuesto a algunas valiosas lecciones que me ayudan a aprender a honrar mi sacerdocio, como joven y como adulto, y que quisiera compartir con ustedes.

Un día mi padre llevó a la casa una hermosa e inquieta yegua de pura sangre, que había sido entrenada como caballo de polo, pero como le había parecido demasiado pequeña al comprador de la recua, mi padre la compró para nosotros. Aquél fue uno de los mejores regalos que yo he recibido, un regalo que cualquier muchacho hubiera deseado. Era capaz de arrancar rápidamente, detenerse en un instante, girar, y volver hacia atrás casi a la carrera; podía hacer lo mismo que cualquier otro caballo, pero lo hacía mejor. Era de pura sangre; sin embargo, le faltaba algo. Casi siempre que la montaba, se desbocaba. Quizás la falla fuera mía, pero ella simplemente se negaba a aceptar la autoridad. Apretaba el freno entre los dientes, y echaba a correr, haciendo caso omiso de la dirección que yo quería tomar. Era rebelde. Todo su talento y su entrenamiento se echaba a perder con aquella rebeldía. La llamamos Lady, pero pronto dejamos de llamarla así y finalmente nos deshicimos de ella.

Clipper era un hermoso alazán. No era un caballo fino, pero estaba bien entrenado para trabajar. Cuando lo soltaba en el campo después de un largo y arduo día de trabajo, comenzaba a retozar como un potrillo. Un día en que iba montado en él tratando de llevar la vaca a casa, como ésta no obedecía me ví precisado a enlazarla, atando la cuerda a la cabeza de la silla. Al ponerse tenso el lazo, la cincha se rompió, y rodé por el suelo con silla y todo, bajo las patas de Clipper. Aunque había corrido mucho y estaba inquieto, se detuvo de inmediato y no movió un músculo hasta que yo me puse fuera de peligro.

Y con respecto a Katie, la yegua que adquirí hace algunos años, diré que posee un impresionante árbol genealógico. Sus padres eran campeones. Es una yegua color canela, inteligente y de buena alzada. Su primer potrillo ya ha ganado varios premios en competencias de trotones.

Cuando la adquirí estaba en muy malas condiciones. Había sido muy maltratada y no la habían alimentado debidamente, pero yo pensé que cuidándola bien se repondría, y así fue. Ella es el más brioso y hermoso de los caballos que he tenido. Sería verdaderamente una campeona si no tuviera un gran defecto: nunca ha aprendido disciplina. Su primer entrenamiento en ese aspecto fue muy deficiente. Es muy divertido montarla por un rato; trota con la cabeza erguida y al caminar levanta las patas con gracia; pero cuando algo la sorprende o asusta, o se encuentra con algo que desconoce, pierde el control. Un día se asustó de un perro, y, encabritándose se levantó sobre las patas traseras, cayendo a tierra y apretándome la pierna, que resultó herida; después se levantó y hechó a correr como un ciervo asustado. A pesar de su belleza y su inteligencia, ha sido relegada al campo de pastoreo.

Suzie es la hija de Katie. Ahora tiene seis años y es tan hermosa como su madre; fue entrenada hace tres años y desde entonces sólo ha tenido oportunidad de demostrar sus habilidades en contadas ocasiones, y casi ha retrocedido al mismo nivel en que estaba antes de su aprendizaje. Si se la hubiera entrenado con regularidad, ahora sería un deleite montar en ella.

Mas, de ninguna manera intento comparar la inteligencia de un joven con la de un caballo. Vosotros, como presbíteros en el Sacerdocio Aarónico, pertenecéis a una dinastía real; sois hijos de Dios, con un gran poder y un potencial ilimitado; habéis recibido entrenamiento durante los últimos cinco o seis años como preparación para recibir el honor mayor y la responsabilidad más grande que adquiere un hombre: el Sacerdocio de Melquisedec, o sea el poder para actuar en el nombre de Dios, y hacer que vuestros actos sean confirmados en los cielos. En este proceso de entrenamiento, os han enseñado oficiales presidentes, particularmente el obispo que es el presidente de vuestro quórum. El os ha dado instrucción relativa

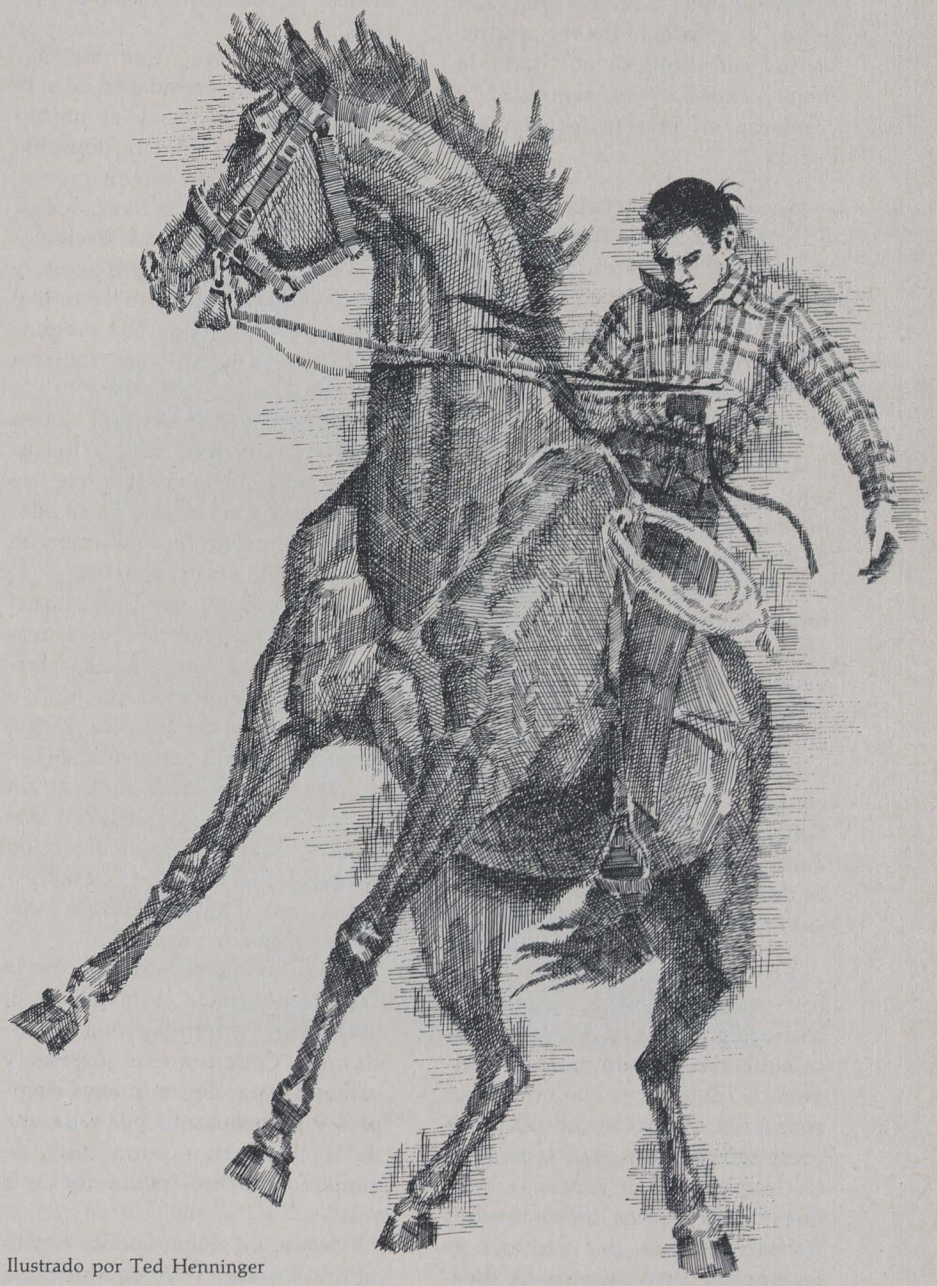
al servicio sacramental, al bautismo, a vuestra responsabilidad en el programa de la orientación familiar y ahora os instruye como directores para dirigir el programa de la AMM del Sacerdocio Aarónico. Os ha enseñado que vuestra apariencia y limpieza, tanto externas como internas, son muy importantes a fin de que seáis un buen ejemplo para los demás.

Por medio de vosotros los miembros de la Iglesia renuevan sus convenios con el Señor cuando presidís la mesa de la Santa Cena; esto lo hacéis mediante el poder de vuestro sacerdocio. Cuando efectuáis un bautismo, ejercitáis el mismo sacerdocio que poseía Juan el Bautista cuando bautizó al Salvador en el río Jordán. Y cuando visitáis "las casas de todos los miembros, exhortándoles a orar vocalmente y en secreto, y a cumplir con todos los deberes familiares" (D. y C. 20:47), estáis ejercitando vuestro sacerdocio como maestros orientadores.

Si habéis aprendido bien estas lecciones, habréis encontrado la plenitud que sólo puede alcanzarse mediante el servicio al prójimo, que también es el servicio a Dios. Estos principios pueden ayudarnos a vencer el poder de Satanás, que en algunas ocasiones adopta la forma de la rebeldía. Os sentiréis en armonía con aquellos que tienen autoridad y seréis como un "pura sangre" al prepararos para servir como misioneros, para casaros en el templo y para asumir vuestras responsabilidades como directores en la Iglesia.

Al igual que vuestro obispo, yo tengo una gran fe en que cada uno de vosotros sabrá que, de acuerdo a la forma en que honre su sacerdocio, podrá participar significativamente en la edificación del reino de Dios en la tierra. Pido al Señor que os bendiga mientras seguís en pos de la excelencia.

"La llamamos Lady, pero pronto dejamos de llamarla así y finalmente nos deshicimos de ella."



Ilustrado por Ted Henninger

"SI, JOVENCITAS, TENEIS EDAD SUFICIENTE"

por Ardeth G. Kapp
Segunda Consejera en la Presidencia de la Organización de Mujeres Jóvenes

"¿Podrán hacerlo?"
"¿No son demasiado jóvenes?"
"Han tenido muy poca experiencia." Mientras algunos dudan y quieren saber, aquellos que han tenido el privilegio de ver a la juventud esforzándose por hacer lo mejor, expresan su seguridad y confianza en esta generación escogida.

Sí, jovencitas, tenéis edad suficiente. De acuerdo con su promesa, el Señor os está diciendo directamente que os preparéis para recibir inspiración y revelación relativas a nuestros deberes y responsabilidades en la AMM del Sacerdocio Aarónico.

Una joven presidenta de Laureles (muy joven de edad pero mentalmente madura) lo explicó de esta forma: "Mis oraciones han cambiado porque ahora tengo que tomar decisiones importantes. Me es necesario estar cerca de mi Padre Celestial. Es una tremenda responsabilidad, muy importante en mi vida y en la de otras jóvenes, y estoy haciendo mi mayor esfuerzo para permanecer cerca del Señor. . . No lo tomo como un deber sino como un privilegio. Se ora no solamente por uno mismo, sino también por los demás."

En una oportunidad se encontraban reunidos jóvenes de varios barrios de la Iglesia; era ya tarde y se habían expresado muchos testimonios dulces y conmovedores cuando el obispo le dijo al joven presbítero que conducía la reunión que era tiempo de terminar, aunque en los bancos había muchos jóvenes ansiosos por expresar su testimonio. Pero después de esperar tanto para que le llegara el turno, había una jovencita que no podía dejar pasar la oportunidad de contar su experiencia. Así que avanzó rápidamente hacia el púlpito.

"Sucede," dijo, "que me llamaron para ser presidenta de una clase de 17 jóvenes, y el obispo me dijo que yo sería responsable por ellas. Sentí un miedo mortal; ni siquiera las conocía bien a todas. Pero también me dijo que decidiera quiénes serían mis consejeras y me recordó la necesidad de orar y pedir ayuda al Señor. Me preguntaba cómo lo haría, cómo sabría a quiénes deseaba el Señor."

En ese momento, esta joven presidenta de clase dejó de balancearse sobre uno y otro pie, se paró derecha, se inclinó hacia adelante, y con tono de convicción en la voz, relató su experiencia:

"Escribí los 17 nombres en una hoja de papel. Después oré al respecto. Cada vez que lo hacía, al terminar la oración, tachaba uno o dos nombres de la lista. Seguí pensando, orando y tratando de decidirme durante tres días, al fin de los cuales sólo quedaban dos nombres. Y tuve la fuerte convicción de que sabía a quiénes había escogido mi Padre Celestial. Así es como El nos inspira."

Aparentemente aliviada de la urgente necesidad de expresar su testimonio, continuó con entusiasmo: "Quiero a esas jóvenes, y vamos a tratar de ser buenos ejemplos y preocuparnos por cada una de la chicas en nuestra clase, de manera que no perdamos una sola."

Desde mi lugar podía ver a ambas jóvenes y yo también me di cuenta de que aquéllas eran las que el Señor había deseado como consejeras. Dos jovencitas sentadas juntas, con sonrisas de confianza y los ojos llenos de lágrimas, me convencieron de que no habría de perderse una sola de las chicas de aquella clase. Sí, tenéis edad suficiente para testificar del poder del Espíritu Santo mientras buscáis la inspiración de un Padre Celestial amoroso respecto al llamamiento que habéis recibido de El a través de vuestro obispo.

"Pero, he aquí, te digo que tienes que estudiarlo en tu mente; entonces has de preguntarme si está bien; y si así fuere, causaré que arda tu pecho dentro de ti; por lo tanto, sentirás que está bien" (D. & C. 9:8).

Con el testimonio y la confirmación en vuestra alma, habiendo recibido inspiración, vosotras podéis ser un instrumento en las manos del Señor al cumplir vuestro llamamiento mientras procuráis ayudar a cada hija de Dios de la cual sois responsables.

Otra joven que conozco es consejera en un barrio, y se expresó de esta manera: "Como consejera es necesario ser un ejemplo en todos los aspectos. Si una no da el ejemplo, se sentirá defraudada y también las otras se sentirán así. Si nuestra presidenta no puede llegar a una decisión, yo puedo orar con ella; es mucha responsabilidad para una sola persona."

Una jovencita deseosa de compartir sus sentimientos, explicó: "Yo soy miembro de una clase. No he tenido muchas asignaciones, pero la participación hace que una persona se sienta necesaria. Si se reciben responsabilidades eso

indicará que se les tiene confianza. Cuando yo recibo una asignación puedo confiar en la ayuda del Señor. Teníamos dos jóvenes inactivas, y ahora ya están asistiendo. Esto realmente me hace sentir un gran bienestar, porque deseo que progresen lo mismo que yo. Sinceramente deseo que asistan."

Y en otra oportunidad me relataron por teléfono otra experiencia.

"Sé que es tarde, pero no podía esperar para hablarte."

Era la voz de una hermana que pertenecía a una rama de muy pocos miembros.

"Sabía que sería una buena experiencia", dijo, "pero no tenía ni idea de lo maravilloso que sería. Esta joven tenía algunos problemas serios, y ahora es presidenta de una clase. Yo estaba ansiosa de poder proporcionarle todas las oportunidades posibles para que experimentara el evangelio en acción. Discutimos algunos puntos de interés común y después nos arrodillamos en oración. A continuación comentamos detalladamente la situación, y antes de separarnos nos arrodillamos nuevamente y esa vez ella le habló al Señor en nombre de las dos. Juntas musitamos un amén. Sus ojos se agrandaron y con un susurro humilde pero emocionado me dijo: 'Nunca me había sentido así. Ahora sé que nuestro Padre Celestial escucha nuestras oraciones.' "

Y con un tono de voz que confirmaba sus palabras, esta hermana continuó: "Cuánto quiero a estas jóvenes. Son muy responsables, y el Señor está trabajando a través de ellas mientras nosotras, sus directoras, les ayudamos a comprender sus responsabilidades."

Así, cada joven que acepta actualmente sus responsabilidades podría decir, igual que Nefi, ". . . Iré y haré lo que el Señor ha mandado, porque sé que él nunca da ningún mandamiento a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que puedan cumplir lo que les ha mandado" (1 Nefi 3:7).

"Me llamaron para ser presidenta de una clase de 17 jóvenes, y el obispo me dijo que yo sería responsable por ellas."

Ilustrado por Ted Henninger

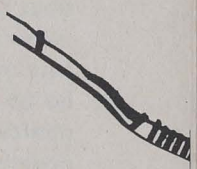
Doy mi testimonio de que el Señor ha hablado a través de su Profeta actual, respecto a esta selecta generación de jóvenes. Al buscar la guía divina respecto a vuestras responsabilidades, seréis utilizadas como instrumentos en las manos del Señor para llevar a cabo sus propósitos. Sí, jovencitas, tenéis edad suficiente.

Ponga a prueba sus conocimientos

Conozca su árbol genealógico

por Elizabeth L. Nichols

Ilustrado por Ed Maryon



¿Ha hecho usted algún esfuerzo en la obra genealógica recientemente? Estas preguntas pueden servirle de ejercicio preliminar. Y después ¿por qué no trata de conocer mejor su árbol genealógico? Puede fácilmente convertirse en un adicto a lo que muchos consideran la obra más fascinante que el Señor nos ha dado para hacer.

1. ¿Qué profeta del Antiguo Testamento escribió el primer libro de memorias? (Moisés 6:5-8)_____
2. ¿Puede nombrar tres profetas del Antiguo Testamento que hayan mencionado un libro de memorias? (Moisés 6:5-8, 45-46; Mal. 3:16-18)_____
3. En los cuatro libros canónicos se encuentra—con pequeñas variaciones—un importante pasaje relativo a la genealogía. Sin ver la referencia citada, ¿puede decir las primeras palabras? (Mal. 4:5-6; 3 Nefi 25:5-6; D. & C. 2; José Smith 2:38)_____
4. ¿Ha regresado Elías a la tierra como prometió Malaquías? (D. & C. 110:14-16) Sí _____ No _____
5. ¿Qué se describe en Doctrinas y Convenios como el sujeto "más glorioso de todos los que pertenecen al evangelio sempiterno"? (D. & C. 128:17) _____
6. ¿Qué bendición pueden recibir los espíritus "presos", por quienes se hacen los bautismos vicarios? (D. & C. 128:22) _____
7. ¿Cuándo se originó la idea de la gran importancia que tiene mantener registros de la obra por los muertos? (D. & C. 128:5) _____
8. ¿Por qué Adán le dio a su esposa el nombre Eva? (Gén. 3:20) _____
9. ¿Dónde se conservó la genealogía de los hijos de Adán, por la cual el profeta Enoc supo de ellos? (Moisés 6:8-25, 45-47) _____
10. ¿Tiene usted parentesco con Adán y Eva? (Moisés 4:26, Abr. 1:3) _____

Respuestas
1. Adán.
2. Adán, Enoc y Malaquías.
3. "He aquí, yo os envío el profeta Elías. . ." Encuentre la cita y lea el resto.
4. Sí, el 3 de abril de 1836.
5. El bautismo por los muertos.
6. Quedarán libres.
7. Antes de la fundación del mundo.
8. Por cuanto era la madre de todos los vivientes.
9. En un libro de memorias.
10. Sí. Son los primeros padres de toda la humanidad.

La aventura de Lobito

por Mary Joyce Capps
Ilustrado por Jerry Thompson

"¡Vete! ¡Vete!", gritó Lobito mirando hacia atrás y corriendo sobre la alfombra de pinochas con toda la rapidez que sus piernas le permitían.

Pero el osito no cesaba de gruñir desconsoladamente mientras lo seguía. El cachorro había perdido a su madre y estaba dispuesto a adoptar cualquier cosa como substituto, ¡hasta un asustado niño piel roja!

Lobito había estado recogiendo moras para su mamá cuando distinguió entre los arbustos al osezno, erguido torpemente sobre sus patas traseras, estirándose para alcanzar los jugosos racimos de moras que colgaban de las ramas.

El muchacho se había quedado quieto, riendo con deleite, mientras observaba la torpeza del pequeño oso gris; le hubiera gustado acariciarlo pero su papá, el jefe Otoe, le había enseñado que era muy peligroso molestar a los hijos de cualquier animal salvaje, explicándole que no había nada de dulce ni amable en una osa gris, especialmente si temía que uno de sus cachorros estuviera en peligro. Con la certeza de que la mamá no estaría muy lejos, Lobito había empezado a retroceder por entre los arbustos, distanciándose del osito. Pero no pudo deslizarse silenciosamente como lo hacían los guerreros, y de repente una varita seca se quebró con un chasquido bajo su mocasín.

El cachorro lo vio y corrió ansiosamente hacia él, pero el niño solamente pensó en la mamá del osito. *"¡Vete, vete! ¡Vete con tu mamá!"*, le gritó mientras corría hacia su aldea.

Por ir mirando hacia atrás, el muchacho no vio que había un gran tronco caído atravesado en su camino; tropezó con él y voló por el aire cayendo boca abajo sobre las pinochas.

"Cuando mamá me dice que debían haberme llamado Lobo Torpe", gruñó, *"tiene razón"*. Se sentó y trató de enderezar la pluma que llevaba en la cabeza y que había volado al caerse.

El cachorro alcanzó al asustado muchacho, saltó sobre él y empezó a jugar y retozar, lamiéndole el pecho desnudo y frotando el hocico contra su barbilla. ¿Qué pensarían los guerreros si vieran que un oso estaba dándole besos al hijo del jefe?

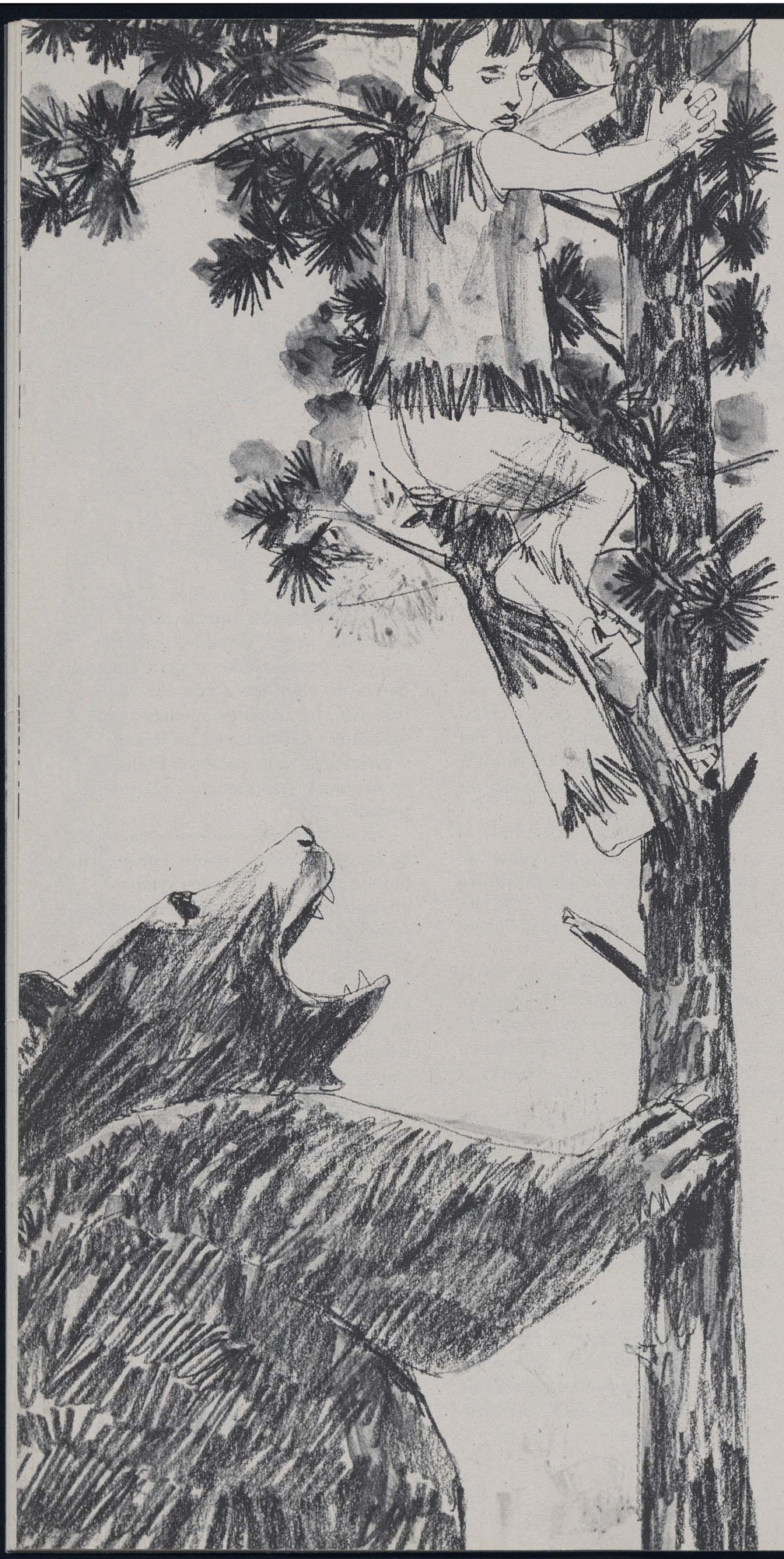
Trepando sobre los troncos, Lobito le lanzó algunas ramitas y trató de alejarse hacia un círculo formado por un pequeño grupo de tepees* a la orilla de un arroyito claro y espumoso.

Nadie se rió en la aldea al ver llegar al cansado muchacho cubierto de polvo, seguido por un oso gris, porque todos temían que detrás de ellos fuera una osa enfurecida. Las madres metieron a los niños a toda prisa en los tepees, y varios guerreros pusieron flechas en sus arcos y se quedaron a la expectativa.

"Hubiera corrido en dirección opuesta, lejos de la aldea", pensó Lobito. ¡Por su culpa, ahora todos estaban en peligro! Parecía que siempre cometía errores. ¿Cuándo aprendería a ser un verdadero guerrero? De pronto se decidió, tomó el cachorro y, a pesar de los gritos de su mamá, regresó al bosque, corriendo velozmente. *"Si puedo encontrar a la madre"*, pensó, *"le devolveré su cachorro, ¡y así nuestra aldea estará segura!"*

"Ser pequeño tiene algunas ventajas", murmuró, empezando a sentirse cansado. El osito era muy pesado y constantemente se daba vuelta tratando de lamerle la barbilla a Lobito como si se tratara de un juego. El muchacho empezó a caminar más lentamente y con mucho cuidado, acercándose al lugar donde estaban las moras. Al llegar, empujó al cachorro hacia

*Viviendas o tiendas de forma cónica, típicas de los pieles rojas.



". . . empezó a atacar el tronco con las afiladas garras, haciendo volar trozos de corteza de árbol en todas direcciones."

una rama cargada de frutas, y suspiró con alivio cuando el osezno, gruñendo de placer, empezó a comerlas. Ya podía irse silenciosamente.

Pero un fuerte gruñido del otro lado de los arbustos lo llenó de pánico. Afortunadamente estaba cerca de un árbol alto; aunque no había ramas bajas, trepar a los árboles era algo que Lobito hacía muy bien. Aferrándose al tronco delgado con brazos y piernas subió al espeso follaje en el momento en que aparecía la mamá osa acompañada de otro cachorro.

Caminando alrededor del osito, lo olió sospechosamente; sus ojos le decían que aquel era su cachorro, pero la nariz la advertía que había algo raro: *el cachorro tenía olor a hombre.*

Conteniendo la respiración, Lobito la observó y el corazón le latió fuertemente. Si la osa percibía su olor y trataba de trepar al árbol, lo quebraría con su peso o lo doblaría hasta que las ramas que le servían de escondite llegaran al suelo; entonces tendría que saltar y salir corriendo. Había visto correr a los osos, y sabía que tenía muy pocas probabilidades de escapar; a pesar de su aparente torpeza para caminar, un oso puede correr con gran rapidez.

Su papá le había enseñado que la única manera de escapar en ese caso era ir cuesta abajo. Debido a lo cortas que tienen las patas delanteras, tienen que bajar lentamente, a fin de no perder el equilibrio y caer rodando por la pendiente.

El cachorrillo trataba de acercarse a su mamá, pero los feroces gruñidos de la osa lo mantenían a distancia; perplejo, optó por quedarse quieto mientras ella lo rodeaba suspicazmente, oliendo el suelo. *"¡Ay, no!"* se lamentó el niño, cuando el animal fue directamente hacia el árbol. Parándose en las patas traseras, empezó a mover la gigantesca cabeza de un lado a otro mientras gruñía enojada.

Lobito se sintió enfermo cuando al mover la osa las ramas, él pudo ver los enormes dientes que le esperaban. Al comprender que no podía hacerlo caer, empezó a atacar el tronco con las afiladas garras, haciendo volar trozos de corteza de árbol en todas direcciones. El muchacho sabía que cuando el animal se diera cuenta de que no podía tumbar el árbol, comenzaría a trepar por él.

El niño nunca había escuchado un sonido más agradable que el tam-tam de los tambores y los gritos de los hombres que corrían por el bosque hacia él. ¡Los guerreros, conducidos por su papá, el jefe Otoe, habían ido a rescatarlo!

La preocupación por sus cachorros pudo más que el enojo de la osa. Dándose vuelta, se alejó pesadamente, alejándolos de su enemigo natural, el hombre.

—Estuviste dispuesto a sacrificarte por el bienestar de tu tribu —dijo el jefe Otoe a su hijo mientras regresaban a la aldea—Fue un acto muy valiente, Lobo Gris.

Lobito se ruborizó de orgullo. Su papá le había llamado Lobo Gris, no Lobito. ¡Era su primer gran paso para ser guerrero!

Tened fe

Afuera había tormenta y el único sonido en la cabaña era la voz del padre, explicando suavemente por qué había dado harina a los que habían venido a su casa durante el día. Había mucha enfermedad en la pequeña comunidad y la mejor medicina que se podía conseguir era una mezcla de harina y agua.

Pacientemente, les recordó a los niños que ellos habían sido especialmente bendecidos porque ninguno había adquirido la rara "enfermedad de invierno", y aunque en otoño habían perdido las cosechas, le había sido posible conseguir harina a cambio de las carretas que había hecho para sus vecinos o para los pioneros que pasaban por el pueblo en camino hacia la costa occidental.

Pero aun así, la esposa le suplicó:

—Por favor no des más harina. Tenemos apenas lo suficiente para hacer un poco de pan para nuestros propios hijos.

Antes de que él pudiera contestar, alguien llamó a la puerta. Era un vecino que necesitaba harina para su esposa enferma.

Hasta el niño más pequeño se sintió conmovido por la expresión de gratitud en los ojos del hombre cuando el padre le llenó la taza con harina, se la dio, y le dijo:

—Tenga fe; Dios proveerá para todos.

Unos minutos después se oyó otro golpe en la puerta y cuando el dueño de casa abrió, entró un hombre joven. Al verlo, toda la familia sintió que no podían negarle ayuda; el afligido visitante exclamó:

—Oh, hermano Carling, ¡mi bebé está muriéndose! ¡Necesito harina!

Después que el joven salió con la harina, la madre empezó a llorar. Su esposo la abrazó tiernamente e invitó a todos a arrodillarse con él para orar. Un sentimiento de paz y esperanza invadió la pequeña cabaña mientras el padre expresaba su agradecimiento por la salud, el calor y la seguridad de que disfrutaban en aquel frío día de noviembre. Luego rogó que de alguna manera ellos y sus vecinos pudieran obtener alimentos, especialmente harina.

Después de la oración, le sugirió a su esposa que tratara de reunir suficiente harina para hacer una salsa; todos se sorprendieron cuando vieron que alcanzaba para la salsa y sobraba un poco.

Mientras la familia estaba comiendo, volvió alguien a golpear la puerta. Era un hombre que manifestó que necesitaba los servicios de alguien que supiera hacer buenas carretas y le habían dicho en el pueblo que el hermano Carling era la persona indicada.

—Tengo aquí 20 toneladas de harina—dijo—¿Sería posible cambiárselas por algunas carretas?

Y tú. . . ¿oras?

Oración familiar

Mientras Kristina ayudaba a su hermana mayor a preparar la comida, a menudo se paraba a observar la lluvia por la ventana. No les molestaba la tormenta, pero estaban ansiosas de que su padre regresara con noticias de la mamá, que había llevado el bebé al hospital a cientos de kilómetros de distanci para que lo operaran.

La comida estaba lista cuando el papá llegó por fin a la casa. Antes de comer, sugirió que se arrodillaran para pedir la bendición de los alimentos y especialmente, la salud y protección de cada miembro de l familia.

La tormenta arreciaba a cada minuto. Mientras las niñas lavaban la vajilla, llamó un

La canción de Pedro

Pedro miró extrañado al cuarto del hospital. Aquella era la primera noche que estaba separado de su mamá y su papá, y se sentía asustado, aunque las enfermeras le habían prometido estar cerca; el doctor también había sido muy bondadoso al explicarle cómo sería la operación que le iban a practicar a la mañana siguiente.

El hospital era grande, pero estaba repleto. La única cama disponible que había para Pedro, estaba en un pequeño cuarto que había junto a la sección de los hombres. Todos esos hombres enfermos lo asustaron. Se cubrió con la sábana hasta la barbilla y empezó a orar para no sentir miedo ni soledad.

Después de orar, recordó una canción que él y sus amigos habían cantado en la Escuela Dominical, y que empieza con las palabras. . . *"Caros niños, Dios os ama, El es quien os da salud"*.

A Pedro siempre le había gustado la cancioncilla, pero esa noche las palabras parecían tener un significado especial para él. Las cantaba muy suavemente al principio pero sin darse cuenta fue subiendo el tono de su voz.

Una enfermera que pasaba por la puerta oyó la vocecita cantando claramente una canción desconocida. El dulce canto se oía por toda la sección de hombres. Estos dejaron de hablar. Apagaron sus radios, escucharon en silencio y las lágrimas comenzaron a rodar por las

mejillas de algunos, al meditar en la confianza consoladora del pequeño. . ."*El es quien os da salud. . .*"

Cuando Pedro terminó de cantar se abrigó, se dio vuelta y se durmió rápidamente. Su canción, que era también como una oración, le había llevado el consuelo que necesitaba y ya no sentía más miedo ni soledad.

iar

laba a
parar la
aba a

a la
nsiosas
a con
había
l a
distancia

cuando
casa.
que se
ben-

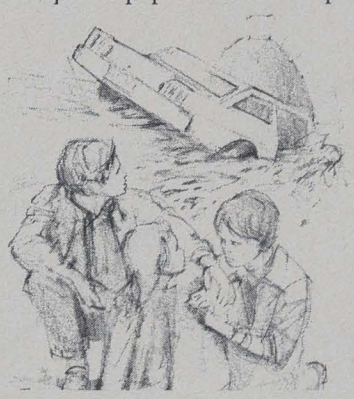
bro de la

a cada
as
un

paciente del padre que necesitaba un tratamiento de urgencia en un diente.

Kristina quiso ir al consultorio con su papá, de manera que corrieron bajo la lluvia hasta el auto para ponerse en camino.

Todavía estaba lloviendo cuando terminó de curar al paciente y todos salieron de la oficina. En el preciso momento en que el papá daba vuelta para



salir de la autopista, desde un terraplén alguien comenzó a tocar una bocina para prevenirles del peligro, pero la advertencia llegó demasiado tarde.

Las aguas de una inundación cayeron sobre el coche levantándolo y volteándolo. El padre logró bajar una ventanilla empujando por ella a Kristina; entonces dos muchachos que estaban en el terraplén pudieron llevarla a salvo a la orilla, pero a él le fue imposible salir del coche que fue velozmente arrastrado por la corriente.

Pero en ese momento algo lo arrancó de su asiento, sacándolo del coche. El último sonido que escuchó antes de sentirse empujado hacia un largo y oscuro túnel de desagüe fueron los gritos de Kristina, diciendo "¡Papá, Papá!" mientras luchaba por librarse de los muchachos que la detenían. Sintiendo que se asfixiaba pasó por el túnel, al extremo del cual unos brazos fuertes lo levantaron, sacándolo del agua arremolinada.

Después de largos momentos de frenético suspenso, Kristina y su papá volvieron a reunirse, heridos y golpeados, pero milagrosamente vivos.

Segura en los brazos de su padre, Kristina suspiró con alivio.

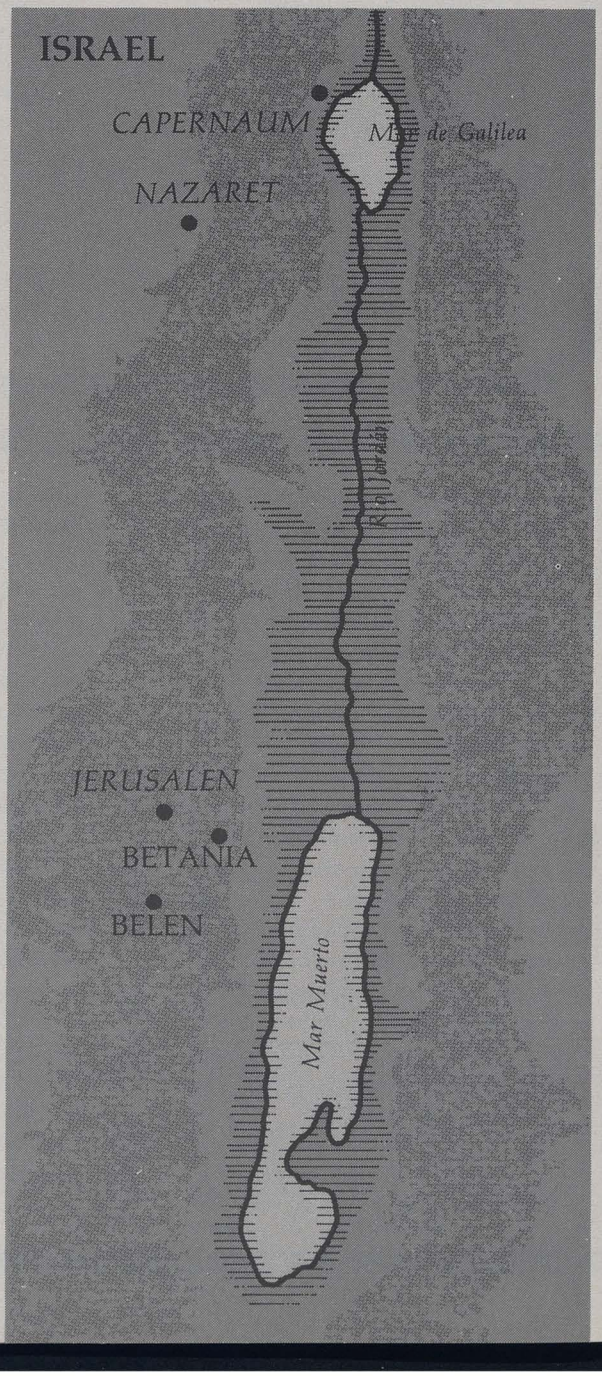
—Seguramente obtuvimos una rápida respuesta a nuestra oración especial, ¿verdad?— preguntó él.

Su hija lo miró y sonrió. No pudo encontrar palabras para expresar su sentimiento de amor y gratitud, de manera que solamente movió la cabeza asintiendo en completo acuerdo.

Dos mares salados

por Nancy M. Armstrong
Ilustrado por Dick Brown

Mar de Galilea, fotografía de O. Preston Robinson



El Mar de Galilea se menciona a menudo en los escritos de la vida de Jesús. Este lago de agua dulce, abundante en peces, tiene 23 kilómetros de largo y poco más de 13 kilómetros en su parte más ancha. Jesús llevó a cabo el milagro de los panes y los peces en las colinas que lo rodean, calmó una furiosa tempestad en el lago y caminó sobre sus aguas.

Desde el Mar de Galilea hasta el lugar donde el río Jordán desemboca en el Mar Muerto hay solamente 107 kilómetros, pero el río cambia de dirección y da vueltas a través del valle antes de llegar al Mar Muerto, por lo que tiene una longitud de casi 200 kilómetros.

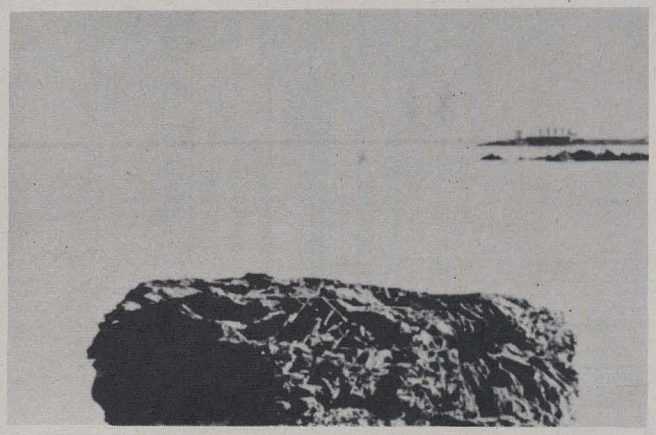
El pequeño pueblo de Belén, donde nació Jesús, se encuentra aproximadamente a unos 23 kilómetros al oeste del Mar Muerto. Ningún ser puede sobrevivir en este mar; sus aguas son seis veces más saladas que las del océano, porque no tiene desagüe.

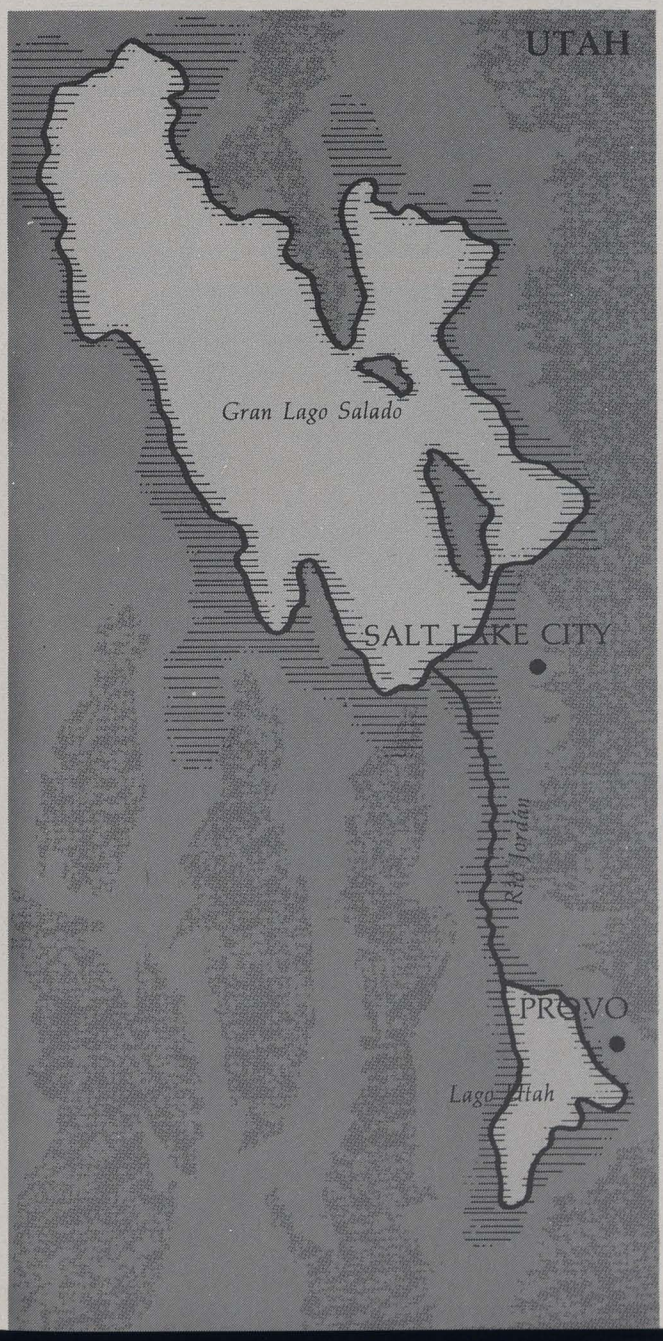
Cerca de la ciudad de Salt Lake, existe una conformación geográfica similar a ésa: el Lago Utah, una gran masa de agua dulce, está situado en un valle rodeado de montañas; tiene 41 kilómetros de largo y poco más de 13 kilómetros de ancho, el mismo del Mar de Galilea, y al igual que éste, tiene peces en abundancia.

Otro río Jordán, nombrado así por el de la Tierra Santa, corre hacia el norte saliendo del Lago Utah y recorriendo aproximadamente 49 kilómetros para desembocar en el Gran Lago Salado.

El Gran Lago Salado es más grande que el Mar

Gran Lago Salado, fotografía de Eldon Linschoten





Muerto y es una de las maravillas naturales del mundo. Tiene casi 124 kilómetros de largo y en algunos lugares más de 82 kilómetros de ancho. El Mar Muerto tiene poco menos de 80 kilómetros de largo y no alcanza a los 15 kilómetros de ancho.

El Gran Lago Salado es alimentado por otras corrientes de agua dulce además del río Jordán, pero es de cuatro a siete veces más salado que el océano. La cantidad de sal varía con los aumentos y disminuciones del nivel del lago en las diferentes estaciones. Cada año se obtienen aproximadamente de sus aguas doscientas mil toneladas de sal. El agua salada se bombea a través de largos conductos hasta depósitos donde se evapora con el calor del sol y después se purifica la sal así obtenida.

En algunas islas del Gran Lago Salado se reproducen grandes bandadas de gaviotas, patos, gansos y pelícanos. Cada primavera, miles de gaviotas anidan en una isla llamada Isla de los Pájaros. La gaviota es el ave simbólica del estado de Utah y está protegida por la ley, en memoria del milagro ocurrido a los pioneros mormones en el valle del Gran Lago Salado, cuando los grillos atacaron los campos de trigo y las gaviotas vinieron desde el Lago y los devoraron, salvando así la cosecha.

Cada uno de estos lugares—la Tierra Santa y el estado de Utah—tiene un lago de agua dulce, otro de agua salada y un río Jordán, y ambos han presenciado milagros hechos por el Señor en beneficio de su pueblo fiel.

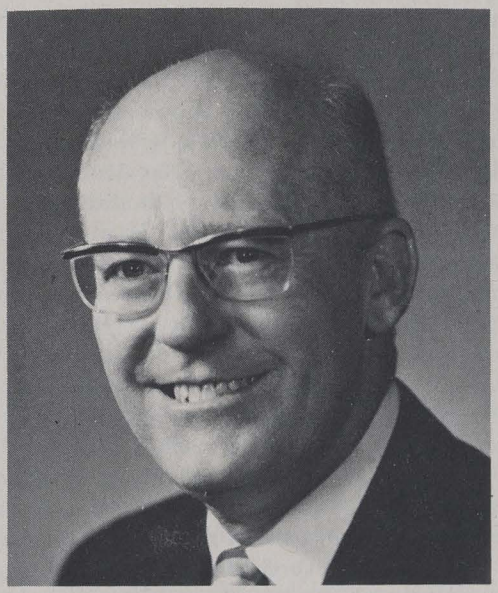
Encuentra a los perdidos

Busca una vaca, un cerdo, un burro, un pato y dos ovejas en esta lámina.

Estas respuestas se dan para brindar ayuda y orientación a los miembros, y no como pronunciamiento de doctrina de la Iglesia

Preguntas y respuestas

"¿Cómo se aplica el principio de la presidencia en los quórumes del Sacerdocio Aarónico?"



Recientemente, en una reunión de testimonios, el presidente de un quórum de diáconos dio su testimonio desde el púlpito. Mientras miraba a sus compañeros del quórum, sentados en la primera fila, se sintió sobrecogido por el reconocimiento de la responsabilidad por cada uno de los diáconos del barrio y exclamó: "¡Caramba!, no puedo creer que todos ustedes sean míos."

El jovencito era consciente de que el Señor lo había llamado por medio del obispo, para guiar a los miembros de su quórum, y que era responsable de representarlo y asegurarse de que hicieran su voluntad. Estaba empezando a entender lo que quiso decir el Salvador cuando declaró:

"Además, de cierto os digo, el deber del presidente de los diáconos es presidir a doce diáconos, sentarse en concilio con ellos y enseñarle sus deberes, edificándose el uno al otro conforme a lo indicado en los convenios" (D y C. 107:85).

Hay tres frases principales en esa revelación que cada presidente de quórum necesita entender y aplicar para cumplir con los deberes de su mayordomía:

1. *Presidir.* Esto significa supervisar, dirigir, guiar o controlar. El presidente posee las llaves para guiar a su quórum de manera que los miembros del mismo puedan cumplir con sus deberes sacerdotales. En la misma forma que el asesor del quórum, él tiene derecho a recibir revelación para dirigirlo y cuando no utiliza esas llaves, el quórum se ve privado de las bendiciones especiales que solamente pueden obtener por medio de su presidente.

2. *Sentarse en concilio con ellos.* Esto requiere que el presidente muestre una afectuosa preocupación por cada miembro del quórum; que sea amigo de todos, y sensible a las necesidades individuales y del grupo, dirigiéndolos y animándolos, aconsejándoles ser fieles a sus llamamientos, vivir limpiamente y honrar su sacerdocio. Debe darse cuenta de que el Señor ha puesto a los miembros del quórum bajo su dirección, y que El espera que se siente "en concilio con ellos" cuando necesiten su guía y dirección.

3. *Enseñarles su deber.* Esta responsabilidad es un desafío para el presidente, ya que él es de la misma edad que los miembros de su quórum. Pero no debemos olvidar que el Señor determinó que cada poseedor del Sacerdocio Aarónico debe recibir instrucción del presidente de su quórum sobre sus deberes en el sacerdocio. El hecho de que otros directores como el asesor, también puedan enseñar estos deberes, no exime al presidente de su responsabilidad.

Es interesante notar que el Señor dio las mismas instrucciones a los presidentes de los quórumes de maestros, presbíteros y élderes. Eso indica la importancia que Dios da a este consejo.

Cada presidente de quórum del Sacerdocio Aarónico debe recordar que actúa bajo la dirección de su obispo, que es el presidente del Sacerdocio Aarónico del barrio, y también es presidente del quórum de presbíteros. En este sentido, el quórum de presbíteros tiene una dirección única en su género. Siendo el obispo el presidente de ese quórum, un presbítero no puede presidir una reunión del mismo; puede conducirla, pero el derecho y la responsabilidad de presidir sobre los presbíteros recae solamente en el obispo, y él no tiene autoridad para delegar ese derecho a otros. El obispo selecciona un presbítero como director de grupo para ayudarle a dirigir el quórum; ese joven desempeña una función vital en los programas para la juventud del barrio, sirviendo como presidente del comité del obispo para la juventud y dirigiendo el programa de actividades del Sacerdocio Aarónico.

Los presidentes de quórum tienen consejeros que les ayudan. Un presidente prudente emplea a sus consejeros eficazmente, consultándolos y permitiéndoles hacer su parte en la presidencia. Se reunirá con ellos regularmente para planear, organizar y evaluar su ejecución. Les permitirá turnarse para conducir las reuniones del quórum y los llevará con él a visitar a los integrantes del mismo. La presidencia debe trabajar en equipo, dando el ejemplo y proporcionando dirección conjunta. Es importante que el presidente de quórum aprenda cómo valerse de sus consejeros, y viceversa.

Los que han sido llamados para ser presidentes de quórum, tienen una oportunidad especial de descubrir las grandes bendiciones que provienen del servicio al semejante y de prepararse para mayores responsabilidades futuras; comprenderán que el egoísmo no tiene cabida en la dirección; comprenderán que la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos días es el amor aplicado en una forma organizada. Aprenderán a amar y cuidar a los demás mientras cumplen con sus responsabilidades.

Un dedicado presidente de quórum comentó que hasta sus oraciones habían cambiado. De pronto se encontró orando por los miembros de su quórum en lugar de hacerlo por sus propios intereses.

Y si se preocupan lo suficiente, buscarán maneras de tener éxito en su llamamiento, procurando la ayuda de los directores adultos, de sus consejeros, del estudio personal de las Escrituras y otros buenos libros, y de sus oraciones y ayuno personales. Descubrirán que cada director en la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días tiene un rebaño que conducir y, al mismo tiempo un director responsable, el Profeta. El presidente de quórum eficaz sostiene y sigue a sus directores tal como espera que su quórum lo siga a él. También ayuda a su "rebaño" a progresar al delegarles responsabilidades para que puedan desarrollar cualidades de dirección y compartir las bendiciones de su participación.

Sobre todo, es necesario que recuerden que han sido llamados por el Señor mediante sus siervos. El ha prometido a cada persona que tenga responsabilidades de dirección en su reino, que si realiza su mayor esfuerzo por cumplir con su asignación, El aumentará su capacidad para servir, fortalecerá su testimonio, vencerá sus debilidades y lo ayudará a bendecir la vida de aquellos a quienes dirije. Seguid el ejemplo de Nefi, quien, con fe firme, respondió al llamamiento del Señor para desempeñar una tarea difícil.

". . . Iré y haré lo que el Señor ha mandado, porque sé que él nunca da ningún mandamiento a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que puedan cumplir lo que les ha mandado" (1 Nefi 3:7).

Robert Backman
Presidente de la Organización del Sacerdocio Aarónico

Dios preordina a sus profetas y a su pueblo

El Señor ha preparado a todos los que han sido llamados para guiar a su pueblo

por Bruce R. McConkie
del Consejo de los Doce Apóstoles

Yo creo que Spencer W. Kimball fue preordinado para ser Presidente de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, para ser el Profeta, Vidente y Revelador del pueblo del Señor, y el portavoz de Dios sobre la tierra durante este tiempo.

Sé que él fue escogido, llamado y ordenado para este ministerio mediante el espíritu de profecía y revelación, y estuve presente cuando el Espíritu del Señor testificó a todos los miembros del Consejo de los Doce Apóstoles que era la voluntad y la intención de Aquel, cuyos testigos somos y a quien servimos, que el presidente Kimball guiase a su pueblo.

Fue como si el Señor hubiese dicho con su propia voz: "Mi siervo, el presidente Harold B. Lee, fue fiel y cumplido en todas las cosas que le asigné; su ministerio entre vosotros ha terminado, y yo lo he llamado a otras tareas mayores en mi viña eterna. Y yo, el Señor, llamo ahora a mi siervo Spencer W. Kimball, a guiar a mi pueblo y continuar la obra de prepararlo para aquel gran día en que vendré personalmente a reinar sobre la tierra. Y ahora digo de él como dije de mi siervo José Smith: '. . . delante de mí en toda santidad, daréis oído a todas sus palabras y mandamientos que os dará según los reciba;

Porque recibiréis su palabra con toda fe y paciencia como si viniera de mi propia boca.

Porque, así dice el Señor Dios: Yo lo he inspirado para promover la causa de Sión con gran poder de hacer lo bueno, y conozco su diligencia, y he oído sus oraciones' " (D. y C. 21:4-5, 7).

Parece fácil creer en los profetas que han muerto y creer y seguir el consejo que éstos dieron a otra gente; pero, como ha sucedido en todas las épocas en que el Señor ha tenido un pueblo sobre la tierra, la gran prueba que afrontamos es prestar atención a las palabras de sus oráculos vivientes y seguir el consejo y las instrucciones que ellos dan para nuestros días.

Hijos de Abraham somos, dijeron a Jehová los judíos;
a nuestro padre seguiremos, su tesoro heredaremos.
Mas de Jesús nuestro Señor, el firme reproche recibimos:
Sois hijos de aquel, a quien obedecer os proponéis;
si la simiente de Abraham fueseis, su camino seguiríais
y de la ira del Padre libraros podríais.
A Moisés y a los profetas de antaño tenemos;
como oro y plata todas sus palabras atesoraremos.
Mas de Jesús nuestro Señor, la sensata palabra vino:
Si a Moisés os volvéis, a su palabra entonces oído prestad;
sólo así valiosos galardones podréis esperar,
porque él de mi venida y de mis obras mucho os habló.
A Pedro y a Pablo tenemos, sus pasos sigamos,
al adorar a su Dios dicen los cristianos.
Mas el Señor de vivos y muertos nos habla, diciendo:
En manos de estos profetas, videntes y reveladores,
que en vuestros días viven, mis llaves he depositado;
a ellos os habéis de volver, si queréis al Padre complacer.

—Bruce R. McConkie
(Traducción libre)

Por consiguiente, deseo exponer el hecho de que estos humildes hombres que presiden la Iglesia y reino de Dios sobre la tierra en nuestros días, son como los profetas y los apóstoles de los tiempos pasados y que Dios los ha escogido para guiar y dirigir su reino terrenal. Aquellos que nos sentamos casi diariamente junto a los presidentes Spencer W. Kimball, N. Eldon Tanner y Marion G. Romney, nos maravillamos ante la sabiduría y el criterio de sus decisiones y los reconocemos como predicadores de la misma estatura de Pedro, Santiago y Juan, quienes integraron la Primera Presidencia de la Iglesia en su tiempo.

Quisiera decir que la elección de estos hermanos para dirigir la obra del Señor sobre la tierra, no es un hecho fortuito. La mano del Señor está en ello; El conoce el fin desde el principio. El ordenó y estableció el plan de salvación, y decretó que su evangelio sempiterno fuese revelado al hombre en una serie de dispensaciones comenzando con Adán y llegando hasta José Smith. Y es el Todopoderoso quien escoge a los profetas y los apóstoles que ofician en su nombre y presentan su mensaje al mundo en todas las épocas y dispensaciones. El selecciona y preordina a sus ministros; los envía a la tierra en épocas previamente designadas, guía y dirige su preparación terrenal continua y los llama a aquellos cargos para los cuales fueron preordinados desde antes de la fundación de la tierra.

Me gustaría tomar como ejemplo al presidente Spencer W. Kimball como modelo de quien fue preparado, preordinado y llamado a dirigir el pueblo del Señor. Cierto es que él nació en una casa de fe, y como Jacob, que heredó talentos espirituales de Isaac y de Abraham, él está dotado por herencia natural, de aquellos talentos y habilidades que lo preparan para su posición actual en la presidencia apostólica.

Pero en esto hay algo más que el nacimiento en el mundo, algo más que la preparación terrenal. El nació en la casa de fe por una razón, y no fue sólo esta vida lo que lo aprestó para elevarse como ministro de luz, verdad y salvación para sus semejantes; el hecho es que él es un hijo espiritual de Dios escogido, llamado y preordinado antes de que se estableciesen los fundamentos de la tierra, y que cumple ahora con el destino que le fue designado y prometido desde la preexistencia, cuando estuvimos con él en el gran concilio en que Dios mismo estuvo presente.

José Smith dijo: "Todo hombre que recibe el llamamiento de ejercer su ministerio a favor de los habitantes del mundo, fue ordenado precisamente para ese propósito en el gran concilio celestial antes que este mundo fuese." En seguida, el Profeta dijo refiriéndose a sí mismo: "Supongo que me fue conferido este oficio en aquel gran concilio" (*Enseñanzas del Profeta José Smith,* Págs. 453-54). Ahora, el presidente Kimball desempeña el oficio que tuvo José Smith, y al igual que él, participó de la misma ley de preordinación.

Nuestro padre Abraham, que también estuvo presente en este concilio, tuvo el privilegio de contemplar en una visión las huestes de los espíritus preexistentes. ". . . Entre todas éstas", dijo, "había muchas de las nobles y grandes" almas, que él describió diciendo que "eran buenas" (Abraham 3:22). Abraham vio que Dios el Eterno Padre "estaba en medio de ellas" y dijo: "A éstos haré mis gobernantes . . . y él me dijo: Abraham, tú eres uno de ellos; fuiste escogido antes de nacer" (Abraham 3:23).

Y así como fue con Abraham, del mismo modo es con todos los profetas, como asimismo, hasta cierto punto, con toda la casa de Israel y con todos los miembros de la Iglesia terrenal del Señor: todos son partícipes de las bendiciones de la preordinación.

A Jeremías el Señor le dijo: "Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones" (Jeremías 1:5).

Todos aquellos que reciben el Sacerdocio de Melquisedec en esta vida, como enseña Alma: "De acuerdo con la presciencia de Dios, fueron llamados y preparados desde la fundación del mundo," porque se hallaban entre los nobles y grandes en ese mundo preterrenal (Alma 13:3).

Pablo dice que mediante esta ley de preordinación, que él llama doctrina de la elección, toda la casa de Israel recibió "la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas" (Romanos 9:4). Dice que los miembros fieles de la Iglesia, los "que aman a Dios" y "conforme a su propósito son llamados", son preordinados "para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo," para que fuesen "coherederos con Cristo," y tuviesen vida eterna en el reino de nuestro Padre (Romanos 8:17, 28-29).

También dice de los miembros de la Iglesia que Dios "nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor . . ." y que fuimos preordinados para llegar a ser los hijos de Jesucristo por adopción, obteniendo de este modo "el perdón de pecados" en esta vida y gloria eterna en la venidera. (Efesios 1:4-5, 7.)

En nuestras revelaciones, tanto antiguas como modernas, abundan las declaraciones en cuanto a la ley de la preordinación, tanto en lo que se refiere a determinadas personas llamadas, según la presciencia de Dios, a realizar tareas especiales en la vida terrenal, como a las bendiciones prometidas a las huestes de almas valientes que nacen en el linaje de Israel, que escuchan la voz del Buen Pastor y se unen a su rebaño sobre la tierra.

Cristo mismo es el gran prototipo de todos los profetas preordinados, y fue escogido en los concilios de la eternidad para ser el Salvador y Redentor. De El Pedro dijo que era "un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo" (1 Pedro 1:19-20), que había de venir en el meridiano de los tiempos para llevar a cabo la expiación infinita y eterna. Durante 4.000 años todos los profetas testificaron de su venida, pro-

clamando su bondad y su gracia.

María, la madre de nuestro Señor, "según la carne" (1 Nefi 11:18); Moisés, el más grande Profeta que ofició en Israel; Juan el Revelador, cuya misión era ver visiones del fin del mundo, y José Smith, el Profeta y Vidente de la restauración, todos fueron designados por su nombre cientos de miles de años antes de sus ministerios terrenales, porque sus obras fueron conocidas y previstas con anticipación.

Las obras que habían de realizar Juan el Bautista, los antiguos Doce Apóstoles y Cristóbal Colón, todas fueron conocidas y dispuestas con anticipación. Y éstos son sólo algunos ejemplos, pues toda la obra del Señor es proyectada y preparada con anticipación, y aquellos que son escogidos y llamados para realizar la obra, reciben su nombramiento y ordenación de El en la preexistencia, y después, si permanecen fieles, lo reciben nuevamente aquí, en la vida terrenal.

¿Qué diremos entonces de nuestro Presidente, el hombre al cual el Señor ha escogido para que lo represente y presida en su reino durante este tiempo? Ciertamente él es algo más que un vástago de padres fieles; en realidad, es un hijo de Dios, un hijo espiritual del Todopoderoso que moró con El, vio su rostro, escuchó su voz, y algo más importante aún, que creyó en su palabra y obedeció sus mandamientos.

Por su obediencia, su sumisión, su rectitud personal, porque eligió seguir el camino del Escogido y Amado Hijo, Spencer W. Kimball fue noble y grande en la preexistencia. Por sobre todos sus talentos, desarrolló el de la espiritualidad, el de la fe y aceptación de la verdad, el del deseo por la rectitud.

Conoció y adoró al Señor Jehová que "era semejante a Dios" (Abraham 3:24); fue amigo de Adán y de Enoc, aceptó el consejo de Noé y de Abraham; estuvo en reuniones con Isaías y Nefi; sirvió en el reino de los cielos con José Smith y Brigham Young.

La preexistencia no es un lugar remoto y misterioso. Han pasado sólo unos pocos años desde que todos nosotros salimos de la Presencia Eterna, de Aquel, cuyos hijos somos y en cuya habitación una vez moramos. Estamos separados sólo por un ligero velo de los amigos y compañeros de trabajo con quienes servimos al Señor, antes de que nuestros espíritus eternos tomasen su morada en tabernáculos de carne.

Efectivamente, se ha corrido un velo a fin de que no recordemos nada de allí; pero sí sabemos que nuestro Padre Eterno tiene todo poder, todo dominio y toda verdad, y que vive en la unidad familiar; sabemos que somos sus hijos, creados a su imagen, dotados de poder y capacidad para llegar a ser como El; sabemos que El nos dio el libre albedrío y ordenó las leyes mediante las cuales podemos obtener la vida eterna si somos obedientes; sabemos que allá teníamos amigos y compañeros, que se nos enseñó y preparó en el sistema educativo más perfecto que se haya ideado, y que mediante la obediencia a las leyes eternas desarrollamos infinita variedad y grados de talentos.

Y de allí viene la doctrina de la preordinación. Cuando llegamos a la vida terrena, traemos los talentos, la capacidad y las habilidades que adquirimos mediante la obediencia a la ley en nuestra existencia anterior. Wolfgang A. Mozart excribió su primera composición musical antes de los cinco años porque nació con talento musical. Melquisedec vino a este mundo con una fe y una capacidad espiritual tales que "cuando era niño temía a Dios, y detenía los colmillos de los leones, y extinguía la violencia del fuego" (Génesis 14:26. Versión Inspirada). Por otra parte, Caín, como Lucifer, fue mentiroso desde el principio, y en esta vida se le dijo: ". . . serás llamado Perdición; porque tú también fuiste antes que el mundo" (Moisés 5:24).

Ahora bien, esta es la doctrina de la preordinación, de la elección. Esta es la razón por la cual el Señor tiene un pueblo favorecido y singular sobre la tierra; y es el motivo por el cual dijo: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; . . ." (Juan 10:27-28).

El conocimiento de estas maravillosas verdades deposita sobre nuestros hombros una responsabilidad mayor que la que tenga cualquier otra gente que siga a Cristo; equivale a tomar su yugo sobre nosotros, guardar sus mandamientos, hacer siempre aquellas cosas que lo complazcan. Y si lo amamos y lo servimos, pondremos atención a las palabras de los apóstoles y los profetas a quienes El envía para revelar y enseñar su palabra.

La gran necesidad del mundo en la actualidad no es un Profeta enviado por el Señor para revelar su voluntad y su intención, pues ya tenemos un Profeta. Nos guían muchos hombres que tienen espíritu de inspiración. La gran necesidad de hoy en día es que los hombres presten oído atento y atención a las palabras que salen de la boca de los profetas.

¡Alabado sea Dios porque hay un Profeta en Israel!

Imploremos al Señor que podamos prestar atento oído y poner atención a la voz de su Profeta.

Démosle gracias porque ha derramado su Espíritu sobre nosotros para que conozcamos la verdad y divinidad de la grandiosa obra de los últimos días, de cuya eterna veracidad testifico en el nombre del Señor Jesucristo. Amén.

Discurso pronunciado en la Conferencia General de abril de 1974.

Discurso pronunciado en la Conferencia General de abril de 1974

"Y dirá todo el pueblo: Amén"

El presidente Kimball es el portavoz del Señor en la actualidad

por el élder Mark E. Petersen

del Consejo de los Doce

Durante esta conferencia hemos sostenido formalmente a un nuevo Presidente de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días. Ha sido una ocasión trascendental.

En los 144 años de nuestra historia esto se ha verificado sólo 12 veces. En la Asamblea Solemne que se realizó esta mañana en el Tabernáculo, el presidente Spencer W. Kimball fue aceptado por el voto de la gente como Presidente de la Iglesia, pero también como Profeta, Vidente y Revelador del Señor.

El voto fue unánime. También sentimos la confirmación absoluta del Espíritu Santo. Todos los que estábamos presentes en el Tabernáculo sentimos esa divina influencia; también la experimentaron aquellos que escuchaban la conferencia por radio o la presenciaban por televisión. Y como sucedió en los días de Moisés, "todo el pueblo dijo: Amén." (Véase Deuteronomio 27.)

¡Qué hombre tan admirable ha sido escogido! Habiendo dirigido el Consejo de los Doce Apóstoles durante varios años, y habiendo servido como Presidente de la Iglesia por veredicto del Consejo de los Doce en el período intermedio desde el fallecimiento del presidente Harold B. Lee hasta esta conferencia, ha sido ahora sostenido por el voto de los miembros como guía espiritual divinamente elegido, como intérprete de la palabra y la voluntad del Señor.

El ha aceptado este elevado cargo con profunda humildad.

Miembros del Consejo de los Doce durante la votación en la Asamblea Solemne.

Miembros del Primer Consejo de los Setenta, votando en la Asamblea Solemne.

Mas, aunque modesto y humilde de corazón, es no obstante una torre de fortaleza, un hombre de gran iniciativa y previsión, un hacedor en todo sentido.

A través de más de treinta años de su ministerio apostólico, ha sido conocido en toda la Iglesia por su casi increíble energía, su entusiasmo ilimitado por la obra, su generosidad y su absoluta determinación para entregarse por completo a la edificación del reino de Dios.

Su dedicación no tiene límites. Es un siervo devoto del Señor Jesucristo. Su salud se ha restablecido milagrosamente permitiéndole cumplir este grandioso ministerio, lo cual es una de las evidencias tangibles de la divinidad de su llamamiento. Ese restablecimiento fue obra de Dios.

Al emplear el extraordinario vigor con que el Señor lo ha dotado, él jamás olvida la procedencia de esa vitalidad y procura diligente y constantemente conocer la voluntad del Maestro y cumplirla.

A pesar de toda su energía emula al Salvador en su bondad y compasión, en su mansedumbre, en la profundidad con que comprende a los demás y percibe sus problemas, y en su deseo por ayudarlos.

Literalmente y en forma personal ha tomado de la mano a miles de descarriados llevándolos de nuevo al sendero de la salvación, mostrándoles una nueva luz, infundiéndoles una nueva esperanza, haciendo posible su regreso al camino del Señor.

Cuando ha sido necesario corregir, lo ha hecho, pero siempre con amor y bondad, con mano suave y compasiva y no obstante, firme en justicia.

Cuando se le presentan tareas difíciles nunca retrocede ante el deber sino que lo enfrenta con fe y oración, así como con todo el vigor de su noble personalidad. Como resultado, el trabajo siempre se hace, y muy bien.

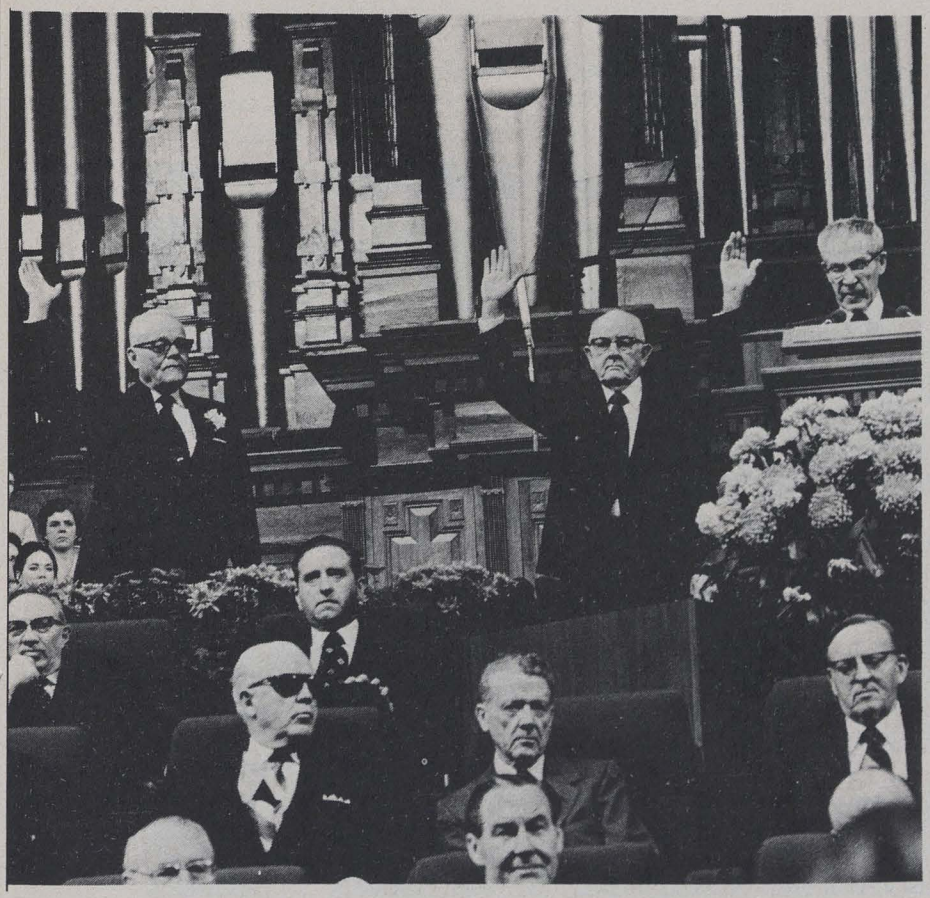
Pese a estar constantemente consciente de sus propias limitaciones, sabe que ésta es la obra de Dios y que El se vale de individuos humildes para realizar sus propósitos.

El presidente Kimball cree firmemente en las palabras de Nefi, "... sé que el Señor nunca da ningún mandamiento a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que puedan cumplir lo que les ha mandado." (Véase 1 Nefi 3:7.) Esto constituye la parte fundamental de su fe; es el secreto de su éxito.

El programa del Señor seguirá adelante como siempre, porque el Todopoderoso obrará a través del Presidente dirigiéndolo diariamente. La obra no fracasará nunca, ni será restaurada nuevamente.

Cuando los miembros de la Iglesia sostuvieron hoy por voto unánime a nuestro Presidente, no sólo tomaron sobre sí la gran responsabilidad de comprometerse a seguirlo, sino que también preservaron un principio vital del evangelio del Señor Jesucristo. Su voto fue un convenio hecho con la diestra en alto ante Dios y un número de testigos que se eleva a cientos de miles, entre los que es-

El voto de la Primera Presidencia en la Asamblea Solemne.



tán en el Tabernáculo y los que escuchan por radio y televisión.

Cuando sostenemos a nuestro Presidente, consentimos en seguir su dirección. El es hoy en día el portavoz del Señor, y esto encierra un grande e importante significado. Cuando este caso se presentó en los días del profeta José Smith, el Señor, hablando de sus líderes, dijo lo siguiente:

". . . Hablarán conforme los inspire el Espíritu Santo.

Y lo que hablaren cuando fueren inspirados por el Espíritu Santo, será escritura, será la voluntad del Señor, será la intención del Señor, será la palabra del Señor, será la voz del Señor y el poder de Dios para la salvación" (D. y C. 68:3-4).

Al sostener con nuestro voto al nuevo Presidente, los miembros de la Iglesia nos colocamos bajo el convenio solemne de prestar diligente atención a las palabras de vida eterna que él nos dé.

La palabra moderna del Señor, dice: ". . . viviréis con toda palabra que sale de la boca de Dios" (D. y C. 84:44).

Pero, ¿cómo hemos de recibir esa palabra? ¡A través de su Profeta!

Ese ha sido el modelo divino desde el principio. Mediante Amós vino la revelación que dice: "Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas" (Amós 3:7).

Así actuó el Señor a través de todo el Antiguo Testamento. Estuvo en vigencia en los tiempos del Nuevo Testamento y lo está en la actualidad.

Cuando la Iglesia se organizó hace 144 años, el Señor aclaró esto, restaurando el principio de que el Presidente de su Iglesia sobre la tierra sería también su portavoz, y no cualquier individuo que se nombre a sí mismo procurándose un oficio propio.

El 6 de abril de 1830, el Señor declaró que el Presidente de la Iglesia sería su portavoz y lo designó también como Profeta, Vidente y Revelador. En seguida, dirigiéndose a los miembros de la Iglesia, les mandó lo siguiente:

"Por tanto, vosotros, la iglesia, andando delante de mí en toda santidad, daréis oído a todas sus palabras y mandamientos que os dará según los reciba;

Porque recibiréis su palabra con toda fe y paciencia como si viniera de mi propia boca" (D. y C. 21: 4-5).

Y a continuación dio esta gran promesa sobre la condición de nuestra obediencia:

"Porque si hacéis estas cosas, no prevalecerán contra vosotros las puertas del infierno; sí, y el Señor Dios dispersará los poderes de las tinieblas de ante vosotros y hará sacudir los cielos para vuestro beneficio y para la gloria de su nombre" (D. y C. 21:6).

¿Qué más podemos pedir?

Esto señala un gran principio, una lección más que debemos aprender del voto de hoy, y es que sólo puede haber una persona a la cabecera de la Iglesia de Cristo, y que ésta ha de ser escogida y sostenida en su cargo tal como lo fue hoy el presidente Kimball. Ningún hombre puede tomarlo sobre sí, sino que ha de ser llamado por Dios como lo fue Aarón. (Véase Hebreos 5:4.)

El Señor tampoco permite ninguna ordenación secreta en su obra; a fin de que sea válida, todo se hace públicamente y con el voto de la gente. Dijo el Señor: ". . . a ninguno le será permitido salir a predicar mi evangelio, o edificar mi iglesia, si no fuere ordenado por

Hasta los santos que se encontraban fuera del Tabernáculo sostuvieron a sus líderes en la Asamblea Solemne.

alguien que tuviere autoridad, *y sepa la iglesia que tiene autoridad, y que ha sido debidamente ordenado por las autoridades de la iglesia*" (D. y C. 42:11. Cursiva agregada).

Más adelante dijo: "A ninguna persona se deberá conferir oficio alguno en esta iglesia, donde exista una rama de la misma debidamente organizada, sin el voto de dicha rama" (D. y C. 20:65).

Y nuevamente: "Y os doy el mandamiento de llevar a cabo todos estos nombramientos, y aprobar o desaprobar en mi conferencia general los nombres de los que yo he mencionado" (D. y C. 124:144).

Esto descarta a los directores de cualquier clase de cultos y a los falsos maestros, y advierte al pueblo del Señor que no hay sino una voz que dirige en la Iglesia, y ésta es la voz del Profeta, Vidente y Revelador, debidamente escogido por revelación y aceptado por el voto de la gente en la conferencia general de la Iglesia.

Ahora ese hombre es Spencer W. Kimball.

El presidente John Taylor, refiriéndose al sistema de votación por el cual sostenemos a nuestro Presidente, y que hoy hemos aplicado, dijo: "Este es el orden que el Señor ha instituido en Sión, tal como fue en tiempos pasados entre Israel. . . Esta es la voz de Dios, y la voz del pueblo" (*The Gospel Kingdom*, Deseret Book Co., 1943, pág. 143).

Cuando el presidente Brigham Young habló sobre este asunto, dijo: "El Señor tiene tan sólo una voz por medio de la cual da a conocer su voluntad a su pueblo. Cuando quiera dar una revelación a su pueblo, cuando desee revelarle nuevos asuntos de doctrina o aplicar castigo, lo hará mediante el hombre que El ha asignado para ese oficio y llamamiento" (*Discourses of Brigham Young*, Deseret Book Co., 1925, pág. 212). *¡Ese hombre es el Presidente de la Iglesia!*

Más adelante, Brigham Young dijo: "El Señor Todopoderoso dirige esta Iglesia, y El no permitirá jamás que os desviéis del buen camino si cumplís con vuestro deber" (*Discourses of Brigham Young*, pág. 212

El presidente Heber J. Grant agregó: "No tenéis necesidad de temer que hombre alguno se coloque a la cabeza de la Iglesia de Jesucristo a menos que nuestro Padre Celestial así lo desee" (*Gospel Standards*, Improvement Era, 1949, pág. 68).

Ahora bien, ¿qué autoridad tiene el presidente Kimball? Como Presidente de la Iglesia, posee todas las llaves y los poderes que los ángeles dieron a José Smith en la restauración del evangelio en esta última dispensación. Ha recibido estos poderes por la imposición de manos de aquellos que previamente los poseían y que tienen la autoridad para conferirlos al presidente Kimball.

Todos los presidentes de la Iglesia han poseído estas llaves y poderes; ningún presidente de la Iglesia podría ejercer sus funciones sin ellos.

¿Podríamos realizar nuestra obra hoy en día, si el profeta José Smith se hubiera llevado estas llaves de autoridad a la tumba? Esta obra no podría hacerse sin aquellas llaves, así que se hizo necesario que quedasen perpetuamente en manos de los líderes de la Iglesia.

¿Podríamos realizar nuestra obra del templo si José se hubiese llevado consigo las llaves de la salvación de los muertos?

¿Podríamos predicar el evangelio a toda nación, tribu, lengua y pueblo sin la autoridad para hacerlo?

¿Podría Israel congregarse, si José se hubiese llevado consigo a la eternidad las llaves del recogimiento de Israel?

¿Hubiesen venido nuestros pioneros a las "cabezas de los montes" (Isaías 2:2) dando cumplimiento a la profecía de Isaías, y establecido aquí la cabecera de la Iglesia si no hubiesen poseído el divino derecho de hacerlo?

Y habrá aún una congregación mundial del pueblo del Señor antes de la segunda venida del Salvador. ¿Podría esto realizarse sin las llaves del recogimiento que recibimos del profeta Moisés, y que entregó a José Smith?

¿Podrían establecerse estacas de la Iglesia en lejanas regiones del mundo sin el divino derecho de hacerlo?

Vemos entonces que los poderes dados a José Smith por los ángeles quedaron en la Iglesia, y permanecen aún en ella; siempre están centralizados en un hombre, el Presidente de la Iglesia, el Profeta, Vidente y Revelador.

Ciertamente Amós habló con precisión cuando dijo: ". . . no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas" (Amós 3:7).

En las palabras del presidente Wilford Woodruff; "Permitidme exhortar a todos los élderes de Israel y Santos de Dios a que se eleven en la dignidad de sus llamamientos y brinden plenas evidencias de sus ministerios y convenios. Sostened por medio de vuestras obras la autoridad, las llaves y el sacerdocio. Los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres están sobre vosotros, y cuando la obra haya concluido, recibiréis vuestra justa recompensa" (*Wilford Woodruff*, recopilación de Matthias F. Cowley, Salt Lake City: The Deseret News, 1909, pág. 657).

Yo sé que mi Redentor vive. El me ha hecho saber personalmente que lo que acabo de decir es verdadero. Dios, nuestro Padre Celestial, vive. Esta Iglesia es su Iglesia. Jesús, nuestro Salvador, dirige la obra, ¡y el presidente Kimball es su Profeta! Esto testifico solemnemente por todo lo que para mí es sagrado y en el santo nombre del Señor Jesucristo. Amén.

Justicia y misericordia

"Porque Jehová al que ama castiga. . ."

por el élder James A. Cullimore
Ayudante del Consejo de los Doce

Quisiera llamaros la atención, hermanos, hacia los principios de misericordia y justicia. He tomado mi texto de los Proverbios de Salomón: "No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová, ni te fatigues de su corrección; Porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere" (Prov. 3:11-12).

El Señor encontró necesario llamar al orden a algunos de los hermanos en los primeros tiempos de la Iglesia, por su negligencia en hacer aquello que debían. Al profeta José le dijo: ". . .Pero yo os he mandado criar a vuestros hijos conforme a la luz y la verdad.

Mas de cierto te digo, mi siervo Federico G. Williams, que tú has continuado bajo esta condenación:

No les has enseñado a tus hijos e hijas la luz y la verdad, conforme a los mandamientos; y aquel inicuo todavía tiene poder sobre ti, y ésta es la causa de tu aflicción.

De cierto le digo a mi siervo Sidney Rigdon, que en ciertas cosas no ha guardado los mandamientos en cuanto a sus hijos; por tanto, ponga su casa en orden primero.

Mi siervo Newel K. Whitney, obispo de mi Iglesia, también tiene necesidad de ser reprendido y de poner en orden su familia, y de ver que sean más diligentes y atentos en el hogar, y que oren siempre, o serán quitados de su puesto" (D. y C. 93:40-42, 44, 50).

Cuando por indecisión el profeta José Smith le permitió a Martin Harris llevar consigo parte del manuscrito del Libro de Mormón que más tarde se perdió, el Señor reprobó la actitud del Profeta por su desobediencia, diciéndole:

"Las obras, los designios y los propósitos de Dios no pueden ser frustrados ni anulados.

Porque Dios no anda por vías torcidas, ni se vuelve a la derecha ni a la izquierda, ni se aparta él de lo que ha dicho, por lo tanto, sus sendas son rectas y su curso, un giro eterno.

Recuerda, recuerda que no es la obra de Dios la que se frustra, sino la obra de los hombres;

Porque aunque un hombre reciba muchas revelaciones, y tenga poder de hacer muchas obras poderosas, sin embargo, si se jacta de su propio poder y desecha los consejos de Dios, y sigue los dictámenes de su propia voluntad y deseos carnales, tendrá que caer e incurrir en la venganza de un Dios justo.

Porque he aquí, no deberías haber temido al hombre más que a Dios. Aunque los hombres anulan los consejos de Dios, y desprecian sus palabras,

Tú deberías haber sido fiel, y él hubiera extendido su brazo para sostenerte en contra de todos los dardos encendidos del adversario; y hubiera estado contigo en toda hora de angustia.

Mas recuerda que Dios es misericordioso; por lo tanto, arre-

piéntete de lo que has hecho que sea contrario al mandamiento que te di, y todavía eres escogido, y eres de nuevo llamado a la obra" (D. & C. 3:1-4, 7-8, 10).

Uno de los conceptos básicos del perdón es que tiene que existir el arrepentimiento sincero, habiéndose satisfecho la justicia antes de que el perdón pueda hacerse efectivo. El profeta José Smith dijo: "No debe existir excusa para el pecado, sino que la misericordia tiene que ir de la mano con la censura" (*Documentary History of the Church*, Vol. 5, Pág. 24).

El presidente Kimball ha dicho: "Hay personas que sólo parecen depositar su confianza en la misericordia de Dios, en lugar de hacerlo en el logro de su propio arrepentimiento.

. . .El Señor puede atemperar la justicia con la misericordia, pero nunca la suplantará. La misericordia jamás podrá reemplazar a la justicia. Dios es misericordioso, pero también es justo." (*The Miracle of Forgiveness*, por Spencer W. Kimball, Bookcraft, 1969, Pág. 359.)

La ley divina ha decretado un aspecto eterno de la justicia: ". . .Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará" (Gálatas 6:7).

El evangelio de Jesucristo tiene su fundamento en la ley, para asegurar la salvación y la bendición de su pueblo. Por cada ley que el Señor nos da, existe también una pena que castiga su violación. El profeta Alma lo explicó claramente: "Y ¿cómo podría un hombre arrepentirse, si no hubiese pecado? ¿cómo podría pecar, si no hubiese ley? y ¿cómo podría haber ley, si no hubiese castigo?" (Alma 42:17).

El presidente Stephen L. Richards dijo:

"El Salvador mismo declaró que El vino a cumplir con la ley, y no para abrogarla; pero con la ley trajo también el principio de misericordia para atemperar su ejecución, para ofrecer esperanzas y aliento a los ofensores, y para ofrecerles el perdón mediante el arrepentimiento." (*Conference Report*, abril de 1954, Pág. 11.)

La ley de Dios, tal como se recibió para el gobierno de la Iglesia, debe apoyarse plenamente para lograr la salvación y el respeto tanto de aquellos que se encuentran en la Iglesia como de los que no son miembros. Los obispos de la Iglesia han sido designados como jueces comunes, y junto con sus consejeros están autorizados para encargarse de los casos de serias transgresiones, en los que tengan jurisdicción. Otros casos se presentan ante el tribunal del Sumo Consejo, bajo la dirección del presidente de la estaca. Estos jueces deben encargarse de actuar con misericordia y justicia en todos los casos de infracción en contra de las leyes de la Iglesia.

Estoy seguro de que el problema más difícil de determinar para los directores del sacerdocio y de entender para el transgresor, es: ¿Cuándo se hace efectivo el arrepentimiento? ¿Cuándo se ven satisfechas las demandas de justicia? ¿Cuándo comienza a obrar el principio de la misericordia? Supongo que ninguna respuesta puede ser más clara que la que ofreció Alma:

"Pues he aquí, la justicia ejerce todos sus derechos, y también la misericordia reclama cuanto le pertenece; y así, nadie se salva sino el que verdaderamente se arrepiente.

¿Acaso crees que la misericordia puede robar a la justicia? Te digo que no; ni un ápice. Si fuera así, Dios dejaría de ser Dios" (Alma 42:24-25).

Cuán clara se hace entonces la lógica con respecto a que es menester tomar las medidas necesarias en los casos de serias transgresiones. Es indispensable limpiar la Iglesia y ayudar a lograr el total arrepentimiento del individuo.

Al hablar a las Autoridades Generales en 1972, el presidente Lee dijo: "Esto no significa que después de tener que juzgar a alguien, debamos volverle la espalda al pecador. . . no hacemos eso, debemos tratar de no hacerlo. Pero tenemos que actuar como padres, a veces disciplinando. . . a veces castigando, pero siempre amando. Así es la doctrina del Señor, y debemos ponerla en práctica con bondad. Creo que llega un momento en la vida de aquellos que han pecado seriamente, en que, por falta de la debida acción disciplinaria, no pueden arrepentirse hasta haber quedado expuestos a los bofetones de Satán después de perder el Espíritu del Señor." (Reunión de la Mesa Directiva del Sacerdocio, 1º de marzo de 1972. Pág. 12.)

Y el presidente Stephen L. Richards ha dicho: "Cuando ignoramos esta obligación pasando por alto los pecados de los ofensores, ¿hacemos acaso algo bueno para la Iglesia o de real beneficio para los miembros extraviados? ¿Pueden en esa forma los jueces ayudar a las personas a encontrar la vía hacia el arrepentimiento y el perdón?" (*Conference Report*, abril de 1954. Pág. 11).

Muchos de los que han quebrantado las leyes del Señor sienten que es injusto que los llamen ante los tribunales de la Iglesia, y se tomen las medidas apropiadas con respecto a sus transgresiones.

Muchos líderes del sacerdocio, cuya responsabilidad es velar sobre la Iglesia y actuar en casos de seria transgresión, evitan formar tribunales y seguir el procedimiento que podría hacer que el ofensor fuera perdonado. Lo que podría tomarse como una acción bondadosa al negarse a proceder en la forma apropiada, puede en realidad ser el hecho más perjudicial que pudiera cometerse.

El presidente Lee también dijo: "Nunca debemos permitir que una misericordia mal entendida hacia el pecador impenitente, robe la justicia que predica el verdadero arrepentimiento". (*Strengthening the Home,* 1973. Pág. 5.)

¿Cuándo, entonces, se hace eficaz el perdón? ¿Y cuándo se reconoce el arrepentimiento?

El verdadero pesar, de acuerdo a las escrituras, "que es según Dios produce arrepentimiento para salvación. . .", y ése es el primer paso hacia el arrepentimiento (2 Cor. 7:10). La confesión del pecado sigue lógicamente a este pesar, impulsada por la ansiedad de encontrar alivio al dolor producido por el reconocimiento de que se ha estado obrando mal. La confesión es la forma que tiene el pecador de demostrar su humildad y su determinación de hacer la restitución por las transgresiones cometidas.

¿A quién se debe confesar? En las palabras del presidente Richards, "Al Señor, naturalmente, porque ha sido su ley la que se ha quebrantado. A la persona ofendida, como paso esencial para hacer la necesaria retribución. Y, por supuesto, al representante del Señor, su juez en Israel bajo cuya jurisdicción eclesiástica vive y es miembro de la Iglesia el pecador." (*Conference Report,* abril de 1954. Págs. 11-12.)

La demostración del arrepentimiento está estrechamente relacionada con la confesión. El Señor dijo: "Por esto podéis saber si un hombre se arrepiente de sus pecados: He aquí, los confesará y abandonará" (D. & C. 58:43).

¿Cómo puede el juez saber cuándo es suficiente el arrepentimiento? La persona puede impacientarse al considerar que ya lo ha demostrado. Pero se ha dicho que "se debe dejar pasar el tiempo suficiente para la prueba de aquel que busca el perdón. Este período tiene un doble propósito: Primero, permite que el ofensor determine por sí mismo si es capaz de dominarse hasta el punto de tenerse confianza en el caso de enfrentarse nuevamente a la tentación; y segundo, habilita a los jueces a hacer una evaluación más segura de la sinceridad del arrepentimiento y de la dignidad de la persona, restaurando así su confianza en ella." (*Conference Report,* abril de 1954. Pág. 12.)

Sí, "Porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere" (Prov. 3:12).

"Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).

Si no hubiera sido por la expiación de Jesucristo, en la que El tomó sobre sí nuestros pecados a condición de nuestro arrepentimiento, el hombre no podría obtener el perdón. Aun cuando se nos ofrece misericordia, es necesario cumplir con la justicia porque El no puede salvarnos si vivimos en pecado.

Alma le explicó a su hijo Coriantón el papel que tiene Dios en el principio de misericordia y justicia:

"Mas se ha dado una ley, se ha fijado un castigo y se ha concedido un arrepentimiento, el cual la misericordia exige; de otro modo, la justicia demanda al ser viviente y ejecuta la ley; y la ley impone el castigo; pues de no ser así, las obras de la justicia serían destruidas, y Dios dejaría de ser Dios.

Mas Dios no cesa de ser Dios, y la misericordia reclama al que se arrepiente; y la misericordia viene a causa de la expiación; y la expiación lleva a cabo la resurrección de los muertos; y la resurrección de los muertos hace que los hombres vuelvan a la presencia de Dios; y así son restaurados a su presencia, para ser juzgados según sus obras, de acuerdo con la ley y la justicia.

Pues he aquí, la justicia ejerce todos sus derechos, y también la misericordia reclama cuanto le pertenece; y así, nadie se salva sino el que verdaderamente se arrepiente.

¿Acaso crees que la misericordia puede robar a la justicia? Te digo que no; ni un ápice. Si fuera así, Dios dejaría de ser Dios" (Alma 42:22-25).

Alma también dijo, confirmando las palabras de Amulek: ". . .Si os arrepentís y no endurecéis vuestros corazones, entonces tendré misericordia de vosotros por medio de mi Hijo Unigénito;

Por tanto, el que se arrepintiere y no endureciere su corazón, tendrá derecho a la misericordia, por medio de mi Hijo Unigénito, para la remisión de sus pecados; y éstos entrarán en mi descanso" (Alma 12:33-34).

Que podamos así gozar de las bendiciones del evangelio. Os dejo mi testimonio de la divinidad de esta gran obra, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Discurso pronunciado en la Conferencia General de abril de 1974.

Discurso pronunciado en la Conferencia General de abril de 1974

El matrimonio que perdura

La promesa de Dios a los justos de perpetuar el amor y la familia mediante una relación eterna, por medio del casamiento celestial.

por el élder Gordon B. Hinckley
del Consejo de los Doce

Mis queridos hermanos, estoy profundamente agradecido por la oración de apertura ofrecida por el hermano Kan Watanabe, mi amigo y compañero con quien he viajado muchos miles de kilómetros a través de todo Japón, en el ministerio del Señor. Me he sentido inspirado también por la música de este coro de poseedores del Sacerdocio de la Universidad de Brigham Young. En sus voces hay algo estimulante y hermoso. Si el Espíritu Santo me inspira, quisiera dirigirles la palabra a ellos, aun cuando se encuentran sentados detrás de mí. Pero al hacerlo, me dirigiré también a toda la juventud de la Iglesia.

Esta parte del mundo se encuentra envuelta en la primavera, estación en la que la imaginación del joven dirige sus pensamientos hacia el amor. Es en la primavera cuando los jóvenes de ambos sexos sueñan con las bodas de otoño.

A modo de presentación, quisiera contaros dos experiencias. La primera tuvo lugar no hace mucho tiempo, encontrándome en el nuevo Templo de Washington D.C. En esa oportunidad había una gran cantidad de periodistas que tenían una gran curiosidad con respecto al hermoso edificio, tan diferente de otros edificios eclesiásticos en concepto y en propósito; diferente también con respecto a quiénes se permite entrar en sus sagrados recintos.

Para satisfacer su curiosidad, les expliqué que después de su dedicación como la Casa del Señor, sólo los miembros de la Iglesia sinceros y fieles, son admitidos en el edificio; pero que antes de ser dedicado, durante un período de cinco a seis semanas, los visitantes serían bienvenidos para recorrer toda la estructura. Les dije que nuestra intención no es esconder el edificio de la vista del mundo, pero que después de la dedicación lo consideramos tan sagrado, que son indispensables una vida pura y una estricta lealtad a las normas y principios de la Iglesia, como condiciones de admisión al templo.

Hablamos de los propósitos por los que se edifican los templos; les expliqué esos propósitos, poniendo especial énfasis en aquél que tan profundamente llega a todo hombre y mujer de sensibilidad, o sea, el casamiento por la eternidad. Al hacerlo, me referí a una experiencia ocurrida durante el tiempo anterior a la dedicación del Templo de Londres, en 1958.

En aquella oportunidad, miles de personas, curiosas pero sinceras, hicieron largas filas en paciente espera para entrar al edificio. Un agente de policía que dirigía el tránsito, hizo la observación de que era la primera vez que veía a los ingleses ansiosos por entrar en una iglesia.

A los que visitaban el edificio, se les pidió que hicieran sus preguntas después de haber terminado con el recorrido. Por las tardes, los misioneros y yo estuvimos respondiendo preguntas. Una tarde

ví a una joven pareja que bajaba por la escalinata de la entrada principal del Templo; les pregunté si podía serles de alguna ayuda, si tenían alguna pregunta con respecto a la visita que habían efectuado. La joven dijo que sí, que quería saber algo más con respecto a la doctrina del casamiento eterno, sobre la que se había hablado en uno de los cuartos. Nos sentamos en un banco, debajo de un gran roble ubicado a la entrada del edificio. El anillo que llevaba la joven, me dio la pauta de que estaban casados, y la forma en que se tomaban de la mano evidenciaba el amor que sentían el uno por el otro.

—Y ahora a su pregunta—dije— Supongo que ustedes fueron casados por un vicario.

—Sí —respondió ella—hace apenas tres meses.

—¿Se dio cuenta usted de que cuando el vicario pronunció vuestra unión, también decretó vuestra separación?

—¿Qué quiere decir usted? —se apresuró a preguntar ella.

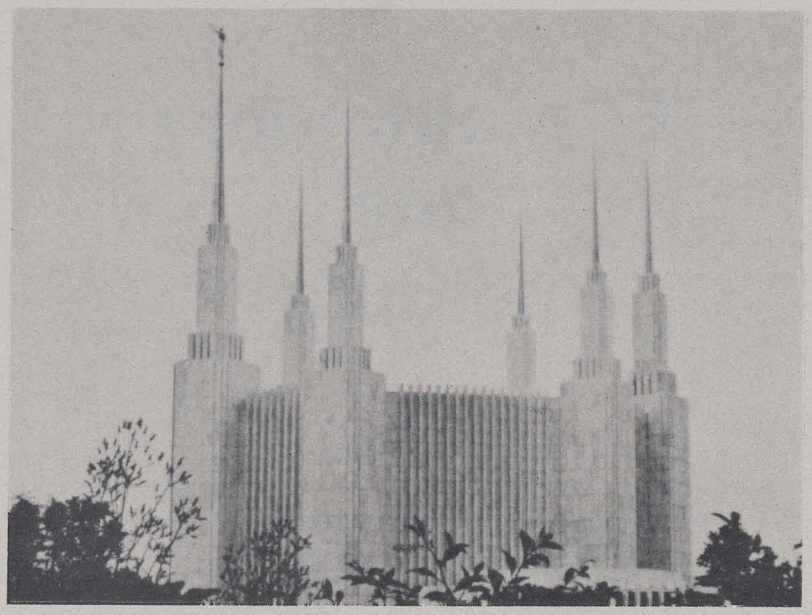
—Ustedes creen que la vida es eterna, ¿no es así?

—Claro —replicó ella.

—¿Pueden imaginarse la vida eterna sin el amor eterno? —continué— ¿Pueden ustedes concebir una eterna felicidad sin la compañía mutua?

—Por supuesto que no— me respondieron rápidamente.

—Pero, ¿qué les dijo el vicario al efectuar la ceremonia? Si no me falla la memoria les dijo al finalizar "hasta que la muerte los separe". Al casarlos, los unió hasta donde su autoridad se lo permitía, o sea, hasta que les llegue la muerte. En realidad, pienso que si se lo hubieran preguntado, habría negado la existencia del matrimonio y la familia más allá de la tumba. Pero el Padre de todos nosotros, que nos ama y desea lo mejor para sus hijos, ha determinado que bajo las circunstancias apropiadas haya una continuación de esta unión, la más sagrada y noble de todas las relaciones humanas. En aquella grandiosa conversación entre el Salvador y sus Apóstoles, cuando Pedro declaró: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente", y el Señor le respondió: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos", el Maestro prosiguió diciendo: "Y a ti daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos". (Mat. 16:13-19) En aquella maravillosa adjudicación de autoridad, el Señor les entregó a sus Apóstoles las llaves del Santo Sacerdocio, cuyo poder va más allá de la vida y la muerte, hasta la eternidad. Esta autoridad ha sido restaurada a la tierra por los mismos apóstoles que la poseyeron en la antigüedad, o sea, Pedro, Santiago y Juan.

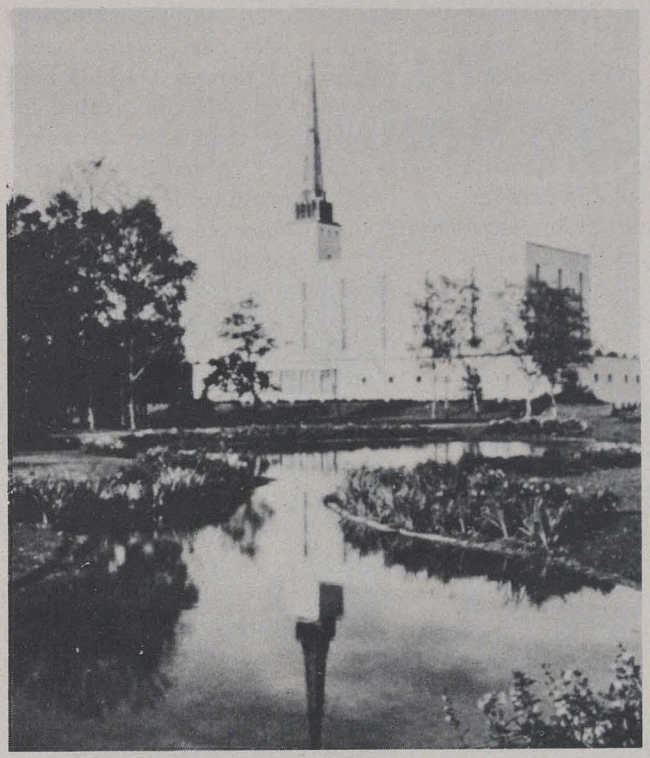


Templo de Washington

Continué diciéndoles que después de la dedicación del Templo, aquellas mismas llaves del Santo Sacerdocio funcionarían en beneficio de las parejas que allí fueran a solemnizar su matrimonio, uniéndolos en lazos que la muerte no puede desatar ni el tiempo puede destruir.

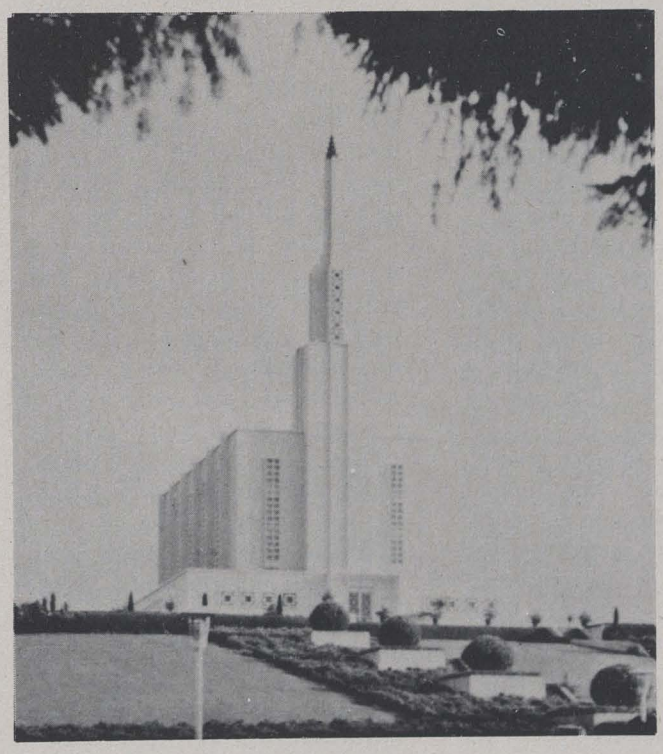
Este fue el testimonio que di a aquella joven pareja y es el que os dejo hoy, mis jóvenes amigos, a vosotros, y al mundo entero. Nuestro Padre Celestial, que ama a sus hijos, desea para ellos todo lo que pueda brindarles felicidad en esta vida y en la eternidad, y no puede haber felicidad mayor que la que se encuentra en la más significativa de todas las relaciones humanas: la unión entre los esposos y entre padres e hijos.

Hace unos pocos días me llamaron a la cabecera de una madre que se encontraba en el hospital, en las últimas etapas de una enfermedad incurable. Muy poco después murió, dejando a su esposo y cuatro hijos, el más pequeño de seis años, sumidos en profundo y trágico dolor. Pero brillando a través de las lágri-



Templo de Londres

Templo de Nueva Zelandia



mas estaba la fe inconmovible y hermosa de que, tan seguramente como en ese momento lloraban una dolorosa separación, algún día se regocijarían en una reunión feliz; porque aquel matrimonio había comenzado con un sellamiento por el tiempo y toda la eternidad en la Casa del Señor, bajo la autoridad del Sagrado Sacerdocio.

Si un hombre y una mujer verdaderamente se aman, sueñan y esperan que su unión perdure por siempre. Pero el matrimonio es un convenio que sella la autoridad, y si ésta pertenece solamente al Estado, su duración estará limitada por la jurisdicción del Estado, que llega sólo hasta la muerte. Mas si agregamos a esa autoridad el poder del don recibido de Aquel que venció a la muerte, la unión permanecerá más allá de esta vida si quienes la integran viven de acuerdo con los convenios.

Cuando yo era joven estaba de moda una cancioncilla cuyas palabras eran más o menos así: "¿Es el amor una rosa, que florece y perfuma, para marchitarse y morir al fin del verano?" Esa canción era solamente una melodía a cuyo son bailábamos, pero encierra una trascendental pregunta que se han hecho a través de los siglos hombres y mujeres enamorados, que contemplaban más allá del presente, hacia un futuro eterno.

La respuesta que damos es *no*, y repetimos que en el plan del Señor que se nos ha revelado, el amor y el matrimonio no son como una rosa que se marchita al acabar el verano. Por el contrario, son eternos, como el Dios que está en los cielos es eterno.

Pero por este don, precioso por sobre todos los otros, tenemos que pagar solamente un precio: el de la autodisciplina, la virtud y la obediencia a los mandamientos de Dios. Es posible que sea difícil de cumplir, pero se puede lograr

con el estímulo que recibimos al comprender la verdad.

Brigham Young dijo: "No habría un solo joven de nuestra comunidad que, con una absoluta comprensión de los motivos, no estuviera dispuesto a viajar hasta Inglaterra, si fuera necesario, para casarse como es debido; ni creo que haya una jovencita que ame el evangelio y desee sus bendiciones, que no estuviera dispuesta a hacer lo mismo". (*Discourses of Brigham Young,* pág. 195.)

Muchos han viajado distancias similares, y aún mayores, para recibir las bendiciones de un matrimonio en el templo. Conozco a un grupo de santos de Japón que se han privado de comer a fin de poder hacer el largo viaje hasta el Templo de Hawaii con ese propósito. En Londres conocí a otros que también se habían sacrificado para poder viajar más de once mil kilómetros desde Africa del Sur; el brillo de sus ojos, sus sonrisas y el testimonio que expresaron, valían infinitamente más que el costo de aquel viaje.

También recuerdo el testimonio de un hombre que vivía en una parte remota de Australia; habiéndose unido a la Iglesia con su familia, viajó con ellos atravesando el vasto continente y el Mar de Tasmania hasta el Templo de Nueva Zelandia, situado en el hermoso valle del Waikata. Si mal no recuerdo, sus palabras fueron más o menos éstas: "No podíamos afrontar el gasto del viaje. Nuestras posesiones consistían en un auto viejo, algunos muebles y la vajilla. Le comuniqué a mi familia: 'No podemos permitirnos el lujo de ir'. Pero cuando miré a los rostros de mi bella esposa y nuestros hermosos hijos, me dije: 'No podemos permitirnos el lujo de *no ir.* Si el Señor me da fuerzas para trabajar, puedo ganar lo suficiente para comprar otro auto, otros muebles y las demás cosas que necesitemos; pero si pierdo a éstos, mis seres amados, seré verdaderamente pobre, tanto en esta vida como en la eternidad'."

Cuán cortos de vista somos a veces, cuán inclinados a contemplar sólo el presente sin un pensamiento para el futuro. Pero el futuro ha de llegar, como llegarán también la muerte y la separación. Cuán dulce es la seguridad, cuán reconfortante la paz que recibimos con el conocimiento de que si nos casamos en la forma correcta y vivimos una vida justa, nuestra relación familiar perdurará, no obstante la seguridad de la muerte y del paso del tiempo. El hombre puede escribir sonetos y cantarle al amor; puede añorar, y esperanzarse, y soñar. Mas todo ello no será más que un romántico anhelo, a menos que exista el sello de autoridad que trascienda los poderes del tiempo y la muerte.

Hablando desde este mismo púlpito, hace muchos años, el presidente Joseph F. Smith dijo: "La Casa del Señor es una casa de orden y no de confusión; y esto significa que. . . no hay unión por tiempo y eternidad que pueda consumarse fuera de la ley de Dios y el orden de su casa. Los hombres podrán desearlo, podrán efectuarlo siguiendo la forma del mismo en esta vida, pero carecerá de vigencia, a menos que se haga y se sancione por autoridad divina, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (*Doctrina del Evangelio,* Vol. 2, pág. 1).

Para concluir, quisiera presentaros una situación, que aunque imaginaria, en principio es verdadera. Suponed que conocéis a una pareja, cuyo amor ha madurado en la primavera, con la luna llena y los rosales florecidos. Entonces el joven le dice a su novia: "Estoy enamorado de ti y quiero que nos casemos y que seas la madre de mis hijos. Pero no quiero tenerlos a ti ni a ellos para siempre, sino sólo por un tiempo. Después nos diremos adiós." Y ella, mirándolo a través de lágrimas de emoción, le responde: "Yo también te quiero. No hay para mí nadie en el mundo tan maravilloso como tú, y quiero casarme contigo y que tengamos hijos. Pero después de un tiempo estoy de acuerdo en que nos separemos." Esto suena como una tontería, ¿no es así? Y sin embargo, en esencia, eso es lo que se dicen los jóvenes cuando, teniendo la oportunidad de unirse en lazos eternos bajo "el nuevo y sempiterno convenio", optan por una unión que sólo se mantendrá hasta que la muerte los separe.

La vida es eterna y el Dios de los cielos ha hecho que también sean eternos el amor y los lazos familiares.

Que El os bendiga, mis queridos jóvenes amigos, para que, al contemplar la posibilidad del matrimonio, busquéis el maravilloso compañerismo y las ricas y fructíferas relaciones familiares no sólo en vuestros días mortales, sino también durante aquel estado eterno en el que se pueden sentir y conocer el amor y las uniones más preciosas, bajo la promesa que Dios nos ha hecho.

Os doy mi testimonio de la realidad viviente del Señor Jesucristo, por medio de quien hemos recibido esta autoridad. Os doy mi testimonio de que su poder, su Sacerdocio, está entre nosotros y se ejerce en su Santa Casa. No menospreciéis lo que El os ofrece. Vivid dignamente, participad de su don y permitid que el poder santificador de su Sagrado Sacerdocio selle vuestra unión. Ruego humildemente que podáis gozar de estas bendiciones, al tiempo que os dejo mi testimonio de estas verdades en el nombre del Señor Jesucristo. Amén.

Respuesta a un llamamiento

por el élder Neal A. Maxwell
Ayudante del Consejo de los Doce

Mis queridos hermanos, mi momento verbal no es para predicar sermones, sino para la expresión de la gratitud; no es para la doctrina, sino para el testimonio.

Gratitud por el llamamiento que el Señor efectuó por intermedio del presidente Kimball.

Gratitud por vuestro voto de sostenimiento, que no constituye una justificación de mi pasado sino una invitación para que sea mejor y me esfuerce más en la obra del Señor.

Gratitud por los humildes padres que me enseñaron, por doctrina y por precepto, que tanto la Iglesia como el evangelio son verdaderos.

Gratitud por una maravillosa mujer, Colleen, la esposa de todos los tiempos, fueran éstos buenos o malos, quien hizo de nuestro hogar un refugio.

Gratitud por ese hijo misionero que está en Alemania y por las tres hijas y el yerno, en cuyo beneficio y como padre, deseo profundamente lograr el éxito en la obra, y cuyo voto de sostenimiento tendrá un doble significado en los tiempos por venir.

Gratitud por el presidente Kimball, por su ejemplo de valiente Profeta, y por el que él y su esposa dan de practicar una religión pura y sin mácula, con espíritu infatigable.

La grandiosidad del Presidente es aquella que no se vanagloria de sí misma. En verdad él no desea nuestra vana e interesada lisonja, sino nuestra ratificación mediante la forma en que vivimos y el ejemplo que damos.

Gratitud por la tierna tutoría del presidente Harold B. Lee.

Gratitud por los presidentes Tanner y Romney, así como por el presidente Benson y los Doce Apóstoles, a quienes tengo la esperanza de ayudar, y cuya vida refleja el divino designio que los preparó para sus llamamientos a servir, ya que Dios todo lo sabe y planea cuidadosamente.

Gratitud por todas las Autoridades Generales que viajan incansablemente para impartirnos la tan necesaria enseñanza, alejándose de su familia sin protesta. Esta realidad fue resumida excelentemente por el ingenio que también fue sabiduría, de Richard L. Evans: encontrándose en una oportunidad rumbo a otro avión para otro nuevo fin de semana de conferencias, dijo suavemente: "¿Les ha pasado alguna vez de extrañar su hogar, mientras se encontraban en camino al aeropuerto?"

Gratitud por los miembros de la Iglesia que me han ayudado en las regiones de Tremonton y Ogden, Utah; y en Reno, Nevada, y por mis maravillosos colegas, los Representantes Regionales de los Doce, en especial aquellos que el Señor ha seleccionado en otras partes del mundo, aparte de los Estados Unidos de América.

Gratitud por los dedicados colegas y estudiantes del Sistema Educacional de la Iglesia, diseminados en cincuenta países y cuyo número asciende a un tercio de millón.

Infinita gratitud a Jesucristo por su sacrificio expiatorio, comprendiendo que incluidos en la horrenda aritmética de esa expiación, se encuentran mis pecados; y por el testimonio que me ha dado, testimonio que he dejado con gozo en unos treinta y cinco países. Si vemos la vida y la gente a través del cristal de su evangelio, entonces podremos ver por siempre.

Infinita gratitud a mi Padre Celestial, cuyas bendiciones dependen de nuestra obediencia, pero que si comparo las bendiciones que tengo, con mi obediencia, veo que es un Dios sumamente generoso.

Yo sé que las normas celestiales tienen en cuenta el servicio y no la posición social; la utilización de nuestros talentos y no la cantidad que poseemos. Comprendo y sé que la condición de miembro de la Iglesia no constituye una seguridad pasiva, sino un continuo cúmulo de oportunidades.

Finalmente, testifico que es verdad lo que un sabio hombre escribió en una oportunidad: "Si usted no ha elegido el reino de Dios por sobre todas las cosas, en realidad no tiene importancia lo que haya elegido en su lugar." Habiendo hecho nuestra elección, que el Señor nos bendiga para que podamos llevar adelante el reino, ruego en el nombre de Jesucristo. Amén.

Discurso pronunciado en la Conferencia General de abril de 1974.

¡PAPA. . .TE QUIERO MUCHO!

Hace sólo unos días viví uno de los más bellos momentos de mi existencia, y ahora quisiera compartirlo con los padres y sus hijos.

Estando en mi hogar revisando unos papeles en la apacible tranquilidad de mi oficina, fui interrumpido por la menuda carrera de unos pasos que se acercaban a mí. De pronto olvidé el interés que ponía en mi trabajo para enfocarlo en la presencia y la sonrisa diáfana y cándida del mayor de mis pequeños, que corriendo y jugando inocentemente se acercó y me abrazó, para luego decirme: PAPA. . . TE QUIERO MUCHO.

Entonces, la escasa luz de aquella hora brilló en ese momento como el radiante sol del mediodía. Los débiles sonidos se convirtieron en el celeste cantar de muchos, muchos coros. Confundido por el arribo inesperado y espontáneo de aquel niño, agradecido por la seguridad, por la sinceridad de aquella frase, lo único que pude hacer fue repetir en cierta forma sus palabras y decir. . .YO TAMBIEN. . .TE QUIERO MUCHO, HIJO MIO.

Al instante de decirlo, de abrazarlo, mi pequeño se alejó corriendo tal como había llegado, a jugar con sus amigos.

. . . Ya no pude continuar con mi trabajo; sólo quise pensar, meditar, tratar de descifrar todas las cosas que aquellas tres palabras sencillas, comunes pero grandiosas, trataron de decirme, a mí y a todos los varones que tengan como yo la dicha de escucharlas.

Después de muchas horas de vagar por mi memoria aquella agraciada frase, parece que al fin pude comprender lo que en verdad mi hijo me había dicho:

PAPA. . .gracias porque tuviste la fe y la convicción para sellar, allá en el Santo Templo, por medio de un convenio sempiterno, los lazos amorosos que te unen con mi madre. Gracias por cumplir con aquel primer mandamiento que nuestros padres Adán y Eva recibieron, y por el cual estoy ahora aquí, así como tú, mamá y todos mis hermanos.

Yo sé papá, que el adversario hace que muchos desconozcan o duden y especulen sobre si esta ley eterna es aplicable aún en nuestro tiempo.

Gracias por este hogar que es para mí como un refugio en donde tú y mamá me dan todo el cariño que necesito; donde he aprendido a hablar, a caminar, a conocer la luz, el calor y la esperanza de también yo formar mi propio hogar algún día.

No te afanes, papá, por llenarlo de lujos deslumbrantes; sólo necesito la influencia DIGNA de ustedes, mis padres.

Gracias porque mañana y tarde te despides antes de salir a buscarnos el sustento; por permitir que mamá se quede en casa a cuidarnos y enseñarnos a escalar los primeros peldaños de esta vida.

PAPA. . . he nacido en una época llena de peligros en que las huestes del mal luchan con fuerza por acabar con todo lo que es bello, noble y divino. Las guerras, las envidias, las mentiras que por doquier existen, parece que quisieran obscurecer mi destino. Pero también sé, papá, que el evangelio sempiterno ha sido restaurado aquí en la tierra y que tú lo aceptaste. No te apartes de él. . .no lo relegues. Tu Santo Sacerdocio es mi única esperanza. Magnifícalo. . .lucha por él y elévate a las más encumbradas alturas que los cielos te prometen.

Guíame papá. . . enséñame el camino. Arrodíllate a orar, al lado de mi madre, para que yo pueda aprender por medio del ejemplo. Y papá. . .ama sólo a mamá. . .eternamente. Amala mucho y trata de transformar nuestro hogar en un pedazo de cielo aquí en la tierra.

Enséñame a tu lado a ayunar, a pagar mis ofrendas y mis diezmos. Renueva tus convenios en el templo con frecuencia, porque sólo así podrás recordar todas las promesas que tú y el Señor se hicieron mutuamente.

Honra y respeta a aquellos santos siervos de Dios que nos presiden. Al presidente de estaca, a nuestro obispo y a todos aquellos que pasan por pruebas, desvelos y envidias, por atender un llamado sublime que han recibido de los cielos.

Regocíjate PAPA. . . porque hoy tenemos profetas vivientes que nos guían y que esperan verlos surgir y engrandecernos cual flor que brota del desierto. En esta desolada y extensa llanura que estamos convirtiendo en un vergel, las almas bellas ya están aprendiendo a cantar alabanzas a los cielos; ya no miran atrás, sólo de frente, al extender las manos ávidas, anhelantes para recibir al Creador, que ya esperaban.

Protégeme PAPA. . . y lucha porque esta luz del evangelio que ilumina mi hogar jamás se extinga. Permite que tu ejemplo me conceda crecer con dignidad a fin de recibir el bautismo y luego el sacerdocio que por tantos, tantos años, desde la preexistencia he esperado.

PAPA. . . deseo como Nefi poder decir mañana a mis amigos, "yo también he nacido de buenos padres." Consérvate firme, inmutable ante el embate de las fuerzas que tratan de abatirte.

PAPA. . .tú eres el más grande ejemplo de mi vida, cuídate de no caer. . . te estoy observando.

Con aquellas palabras, PAPA. . . TE QUIERO MUCHO, que con dulce voz brotaron del corazón de mi pequeño, oí el celeste canto de muchos, muchos coros. Miré a los cielos. . .el velo se descorrió y ví a mi SEÑOR presenciando aquella escena. Enmudecí por un momento, para luego sólo poder decir, extendiéndole los brazos: ¡YO TAMBIEN SEÑOR. . . MUCHO TE QUIERO!

Jorge Rojas O.

Primer Consejero de la Estaca
Norte de la Ciudad de México

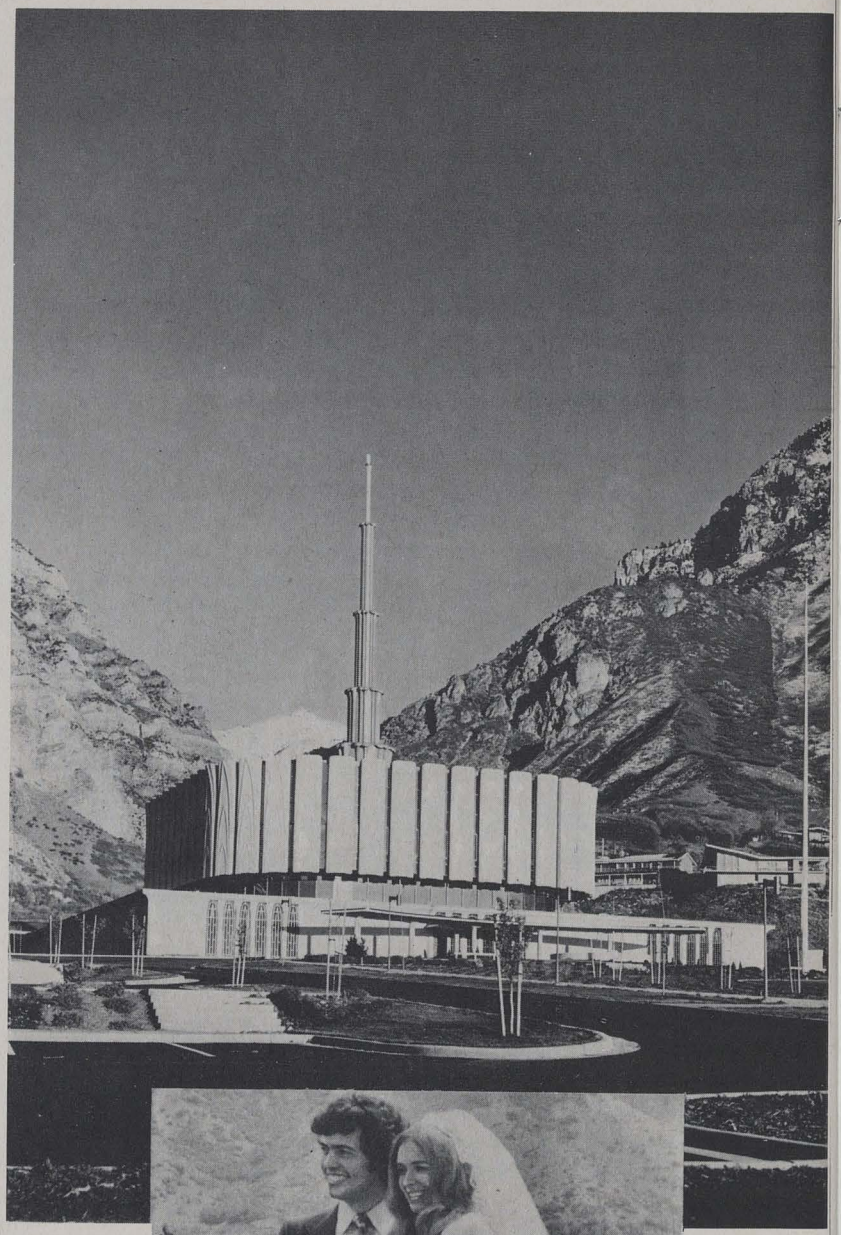
Familia de Ecuador que recibe las bendiciones del Templo

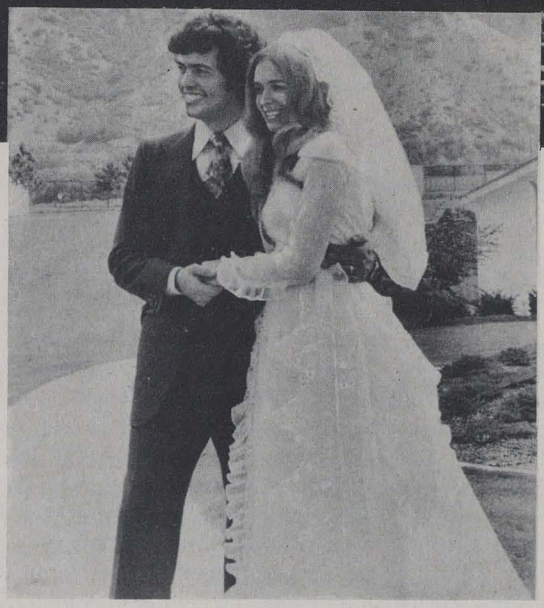
El hermano Tito Páez, con su esposa y su hijo, son la primera familia que ha viajado desde Quito para asistir al Templo y ser sellada. El hermano Páez es Primer Consejero en la presidencia de la Rama 3 de Quito, y trabaja en la aviación civil para el gobierno ecuatoriano. Su esposa es Presidenta de la Sociedad de Socorro en la rama antes mencionada, y manifestó que se siente profundamente agradecida a los misioneros que han ido a su país a llevar el mensaje del evangelio restaurado.

Los Páez se bautizaron en la Iglesia hace tres años; la curiosidad por escuchar a los "gringos" fue lo que los impulsó a recibir a los misioneros. "No sé porqué me sentí más dispuesto a escuchar a los élderes", dice el hermano Páez, "que a las personas de otras iglesias que habían llegado a nuestra puerta. Nunca había dejado entrar a otros, y sin embargo, hice pasar a los misioneros 'mormones' ".

El hermano Páez dijo que tanto él como su esposa, se sienten maravillados ante la oportunidad que han tenido de viajar a Lago Salado y entrar al Templo. Para hacerlo, él tuvo que trabajar muchas horas extra a fin de reunir el dinero necesario. "Ir al Templo ha fortificado mi testimonio", dijo. "También beneficiará a mi familia. Allí he comprendido mejor la importancia del lugar que ocupa el padre en el hogar y de la influencia del sacerdocio."

Vivimos en el





mundo, pero no somos del mundo. . .

Todos los aficionados a la música moderna conocen a los hermanos Osmond. Pero, ¿cuántas personas saben que estos famosos cantantes son fieles miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días? El mundo rutilante que los rodea se inclina ante su talento y los llena de halagos; pero ellos no pertenecen a ese mundo, sino al reino de Dios. Y su meta no es la fama terrenal, sino la vida eterna.

El 16 de julio del corriente año, las puertas del Templo de Provo se abrieron para dar paso a otra feliz pareja que había sellado su amor por la eternidad: Alan Osmond, el mayor del conjunto, y su flamante esposa, Suzanne Pinegar, saludaron sonrientes a la multitud que se había congregado afuera para verlos.

Alan Osmond y su esposa en el jardín del Templo de Provo

Hasta la noche anterior los famosos cantantes habían estado actuando en Las Vegas. Al promediar el concierto, Merrel Osmond se presentó a la audiencia como "el casado" del grupo; entonces Alan rompió a cantar una canción titulada "Me caso mañana por la mañana", anunciando así al público su próxima boda.

Alan conoció a Suzanne en una actividad deportiva de la Universidad de Brigham Young. A pesar de haberse sentido atraído por ella, no la invitó a salir inmediatamente, sino que le pidió a su cuñada que lo hiciera en su nombre. "Pensé que sería un engreído", dice Suzanne. "Pero me equivoqué. Es amable y sencillo y ama al Señor." Y Alan comenta: "Al continuar saliendo con Suzanne, comprendí que me había enamorado. Pero necesitaba una respuesta del Señor; por lo tanto oré, sentí ese ardor en el pecho del que se habla en Doctrinas y Convenios, y supe que había recibido la respuesta. Así es que le propuse matrimonio."

Los recién casados recibieron en el Templo la admonición de continuar en el mismo camino que los condujo a la Casa del Señor, procurando las cosas espirituales y perseverando en los principios verdaderos, aun en medio de los atractivos del mundo.

Ambos declararon que esperan con ansiedad establecer su hogar y formar su propia familia.

Alan Osmond y su esposa no buscaron la pompa de una iglesia llena de amigos, rodeada por el público que aclama y admira al famoso conjunto; no procuraron una ceremonia ostentosa y con despliegue de lujo. Por el contrario, fue en el silencio y la serenidad del Templo del Señor, rodeados por un puñado de familiares y amigos íntimos, donde pronunciaron los votos eternos que sellan para siempre el amor que los ha unido.

"Vi volar por en medio
del cielo a otro ángel,
que tenía el evangelio
eterno para predicarlo
a los moradores de la
tierra, a toda nación,
tribu, lengua y pueblo,
diciendo a gran voz:
Temed a Dios, y dadle
gloria, porque la hora
de su juicio ha llegado;
y adorad a aquel que
hizo el cielo y la tierra,
el mar y las fuentes de
las aguas."
(Apo. 14:6-7)